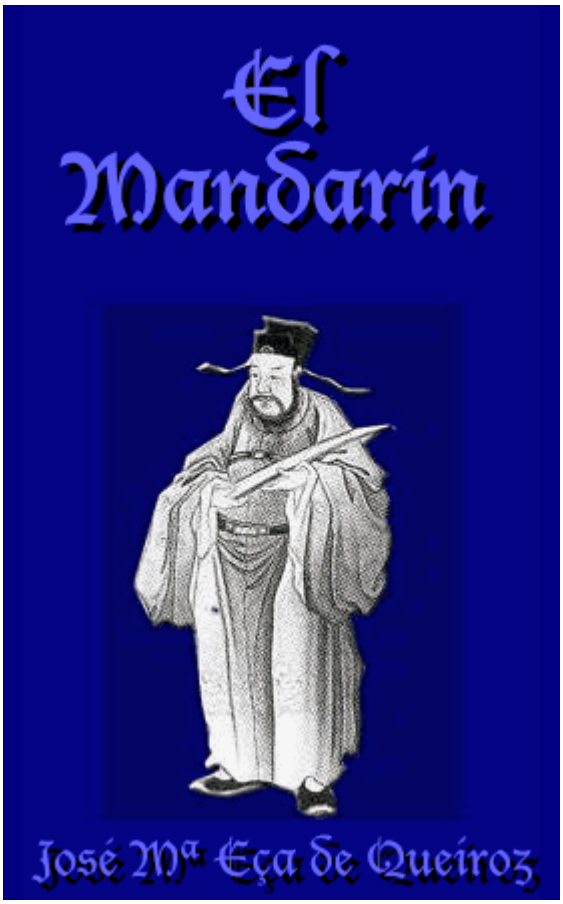
LIBRO dot.com

# El Mandarín

## José Mª Eça de Queiroz




*Digitalizado por* LIBRO dot.com
*http://www.librodot.com*

# *CARTA QUE TENDRÍA QUE HABER SIDO PRÓLOGO*

*Señor Redactor de la Revue Universelle:*

*Usted, señor redactor, quiere dar a los lectores de la Revue Universelle una idea del movimiento literario contemporáneo en Portugal, y me hace el honor de elegir El Mandarín, un relato caprichoso y fantástico, en el que, como en los buenos tiempos pasados, aparece el diablo, aunque con levita, y donde todavía hay fantasmas, pero con muy buenas intenciones psicológicas. Ha escogido usted una obra muy modesta y notablemente alejada de la corriente moderna de nuestra literatura, que en los últimos años se ha hecho analista y experimental, sin embargo, precisamente porque esta obra pertenece al sueño y no a la realidad, que es fruto de la invención y no de la observación, caracteriza fielmente, en mi opinión, la tendencia más espontánea y natural del espíritu portugués. Porque aunque hoy toda nuestra juventud literaria, incluidos algunos de los antecesores evadidos del Romanticismo, estudia pacientemente la Naturaleza y se esfuerza por llevar a los libros una suma considerable de realidad viva, seguimos siendo aquí, en este rincón soleado del mundo, muy idealistas y muy líricos en el fondo. Amamos apasionadamente, envolviéndolo todo en el azul; una frase bella nos gustará siempre más que una noción exacta: Melusina, la fabulosa devoradora de corazones de hombres, encantará nuestras incorregibles imaginaciones siempre mucho más que la muy humana Madame Marnesse, y siempre consideraremos la fantasía y la elocuencia como los únicos signos verdaderos del hombre superior. Si, por casualidad, los portugueses leyesen a Stendhal, nunca disfrutarían de él; lo que en él es exacto, lo consideraríamos estéril. Las ideas justas, expresadas con sobriedad, no nos interesan; lo que nos cautiva son las emociones desmedidas, vertidas con gran despliegue plástico del lenguaje.*

*Unos espíritus así formados deben sentir necesariamente indiferencia por todo lo que es realidad, análisis, experimentación, certeza objetiva. Se sienten atraídos por la fantasía, en todas sus manifestaciones, desde la canción hasta la caricatura; por este motivo hemos producido en primer lugar poetas líricos y satíricos. O andamos mirando a las estrellas, permitiendo que el murmullo de nuestros corazones ascienda vagamente, o, si dejamos caer la mirada sobre el mundo que nos rodea, lo hacemos para reírnos de él amargamente. Somos hombres emotivos, no racionales.*

*Sabemos cantar, a veces bromear, pero nunca explicar. Por eso no hay crítica en Portugal. Y por eso también la novela y el drama, hasta estos últimos días, eran tan sólo obras de poesía y de elocuencia; algunas veces, discursos filosóficos, y otras, elegías sentimentales. En ellos la acción no tenía nada que ver con la verdad social y humana. Los personajes eran angelicales, que ocultaban sus alas debajo de las levitas, o monstruos simbólicos, cortados por el antiguo patrón de Satán, nunca hombres. Un estilo rico en metáforas cubría todo eso con flores y penachos. Los dramaturgos, los novelistas, cuando creaban sus episodios, sólo tenían que volcarse en esa especie de embriaguez extática que hace cantar ruiseñores en nuestras bellas noches de luna llena e, inmediatamente, el lector entraba en éxtasis. Toda obra teatral se juzgaba por el esplendor de la retórica.*

*Eso no podía seguir así, sobre todo tras el triunfo de la evolución naturalista en*

*Francia, y después de que, en materia de arte, la dirección de las ideas había quedado, al parecer, en manos de la ciencia experimental. Pues imitamos o fingimos imitar todo lo francés, desde el espíritu de nuestras leyes hasta la forma de nuestros zapatos; se ha llegado al extremo de que, para los extranjeros, nuestra civilización, sobre todo en Lisboa, parece haber llegado en cajas un día antes, de Burdeos, en un barco mercante. Sin embargo, incluso antes del Naturalismo, ya algunos de nuestros espíritus juveniles habían comprendido que la literatura de un país no podía estar siempre ajena al mundo real que trabajaba y sufría a su alrededor. Al aislarse en las nubes, ocupada en cincelar recursos de estilo, corría el riesgo de convertirse, en una sociedad viva, en un objeto de feria. Han decidido, pues, con valentía, no contemplar ya el cielo, sino la calle. Aunque- ¿será necesario decirlo- ese noble cambio se realizaba no por una natural inclinación de la inteligencia, sino por un sentimiento del deber literario, por no decir del deber público. En beneficio de las modernas letras portuguesas, se procuraba vertir en las obras mucha observación, mucha humanidad; pero al observar detenidamente al vecino, pequeño rentista o burócrata, añoraban los tiempos en que estaba permitido, sin que resultara anticuado, cantar a los apuestos caballeros de relucientes armaduras. Los tiempos del vagabundeo ideal por los bosques de la fantasía habían pasado, ¡ay! El arte no era ya un desahogo fácil del alma pletórica de ensueño, sino una áspera y severa búsqueda de la verdad. Ahora es necesario, en grandes volúmenes de quinientas páginas, mezclarse con una humanidad ya carente de alas, que sólo parece tener llagas, y nos vemos obligados a remover, con una mano habituada a la suavidad de las nubes, toda clase de cosas tristes y bajas, la mezquindad de los caracteres, la trivialidad, las conversaciones, la miseria de los sentimientos... La lengua misma, esta lengua poética y florida que uno se complacía en hablar, no podía servir ya para expresar esas cosas humildes y verdaderas; era necesario usar un lenguaje preciso, seco, como el del Código Civil... Pues bien, señor redactor, en este medio real, contemporáneo, vulgar, el artista portugués, acostumbra a los bellos galopes a través de lo ideal, se ahogaba si no podía escaparse algunas veces hacia el azul, moría en seguida por la nostalgia de la quimera.*

*Por este motivo, incluso después del Naturalismo, escribimos todavía cuentos auténticamente fantásticos, con fantasmas, y de donde sale, al volverlas páginas, el diablo, el amigo diablo, aquel terror delicioso de nuestra infancia católica. Y entonces, al menos a lo largo de un pequeño volumen, no aguantamos ya la incómoda sumisión a lo verdadero, la tortura del análisis, la tiranía impertinente de lo real. Estamos en plena licencia poética. Podemos poner en el corazón de una portera todo el idealismo de Ofelia y hacer que los habitantes de un pueblo hablen con la majestad de Bossuet. El escritor puede dorar sus adjetivos. Hace que sus frases caminen a través de la página en blanco como si atravesaran una plaza llena de sol, con la pomposa cadencia de una procesión que avanza sobre alfombras de rosas... Y después, cuando está escrita la última hoja, cuando ha corregido la última prueba, abandona la calzada, vuelve a la acera y vuelve a empezar el análisis severo del hombre y de su eterna miseria. ¿Satisfecho? No, señor redactor; resignado.*

*Lisboa, 2 de agosto de 1884.*
*ECA DE QUEIROZ*

*AMIGO PRIMERO: (Bebe coñac con soda, bajo los árboles de una terraza a orillas del agua.) Compañero, con estos calores del verano que embotan la agudeza del ingenio descansemos del áspero estudio de la Realidad humana... Vayamos hacia los campos del Ensueño a vagabundear por esas azuladas y románticas colinas, donde se levanta la torre abandonada de lo Sobrenatural y frescos musgos recubren las ruinas del Idealismo... ¡Abandonémosnos a la Fantasía!...*

*AMIGO SEGUNDO: ¡Pero con sobriedad, compañero, con medida!... Y como en las sabias y agradables alegorías renacentistas, mezclándola siempre con una discreta Moralidad...*

*(Comedia inédita.)*

# I

Me llamo Teodoro y fui empleado del Ministerio de la Gobernación.

En aquella época vivía yo en la Travessa da Conceiçao, número ciento seis, en la casa de huéspedes de doña Augusta, una espléndida señora, viuda del comandante Marques. Tenía dos compañeros: Cabrita, empleado administrativo del distrito central, delgado y amarillo como una vela de entierro, y el fornido teniente Couceiro, exuberante, gran intérprete de la vihuela francesa.

Mi vida era muy equilibrada y tranquila. Durante toda la semana, con mis manguitos de lustrina encima de mi pupitre, trazaba con una hermosa letra inglesa, sobre el grueso papel oficial, estas frases rutinarias: ~Ilustrísimo Señor: Tengo el honor de comunicar a Usía... Tengo el honor de transmitir a Vuecencia... Excelentísimo e Ilustrísimo Señor ...

Los domingos, descansaba. Me instalaba en el sofá del comedor, con la pipa entre los dientes, y admiraba a doña Augusta, que las fiestas de guardar tenía por costumbre quitar la caspa al teniente Couceiro con clara de huevo. Sobre todo en verano, aquella hora resultaba deliciosa; por las ventanas entornadas se colaba el aliento de la solanera, algún repique lejano del campanario de la

Conceiçao Nova y el arrullar de las tórtolas en la galería; el zumbido monótono de las moscas se columpiaba sobre el viejo tul, antiguo velo nupcial de la señora Marques, que ahora cubría en el aparador los platos de guindas; poco a poco, envuelto en un peinador, como un ídolo en su manto, el teniente se iba adormeciendo bajo la suave fricción de las cariñosas manos de doña Augusta, y ella levantaba su meñique blanco y carnoso, y le repasaba el pelo reluciente con la lendrera... Entonces, enternecido ante la amable señora, yo exclamaba:

-¡Ay, doña Augusta, es usted un ángel!

Ella se reía; me llamaba enclenque y gafe. Yo sonreía, sin ofenderme. Me llamaban enclenque en casa porque soy flaco, y gafe, porque cruzo siempre las puertas con el pie derecho, porque tiemblo a ratos y tengo a la cabecera de la cama una estampa de Nossa Senhora das Dores, que perteneció a mi madre, y porque ando un poco encorvado. Por desgracia, lo hago a causa de lo mucho que doblé el espinazo en la Universidad, cuando retrocedía como un ave asustada ante los señores profesores, y de tanto bajar la cabeza en la oficina ante mis superiores. Actitud ésta, por lo demás, que conviene al bachiller;

mantiene la disciplina dentro de un Estado bien organizado y le garantiza la tranquilidad de los domingos, el uso de alguna ropa blanca, y veinte mil reis al mes.

Sin embargo, no voy a negar que en aquella época yo era ambicioso, como reconocían sagazmente la señora Marques y el jovial Couceiro. No se agitaba mi pecho por el ansia heroica de dirigir, desde un trono elevado, grandes rebaños humanos; ni tampoco mi loca alma aspiraba a pasear por la Baixa en carruaje oficial, escoltado por un lacayo a pie; pero, en cambio, me consumía el deseo de comer en el Hotel Central con champaña, de estrechar las manos suaves de las vizcondesas y, por lo menos, dos veces por semana dormir, en un éxtasis mudo, sobre el lozano pecho de Venus. ¡Oh, jóvenes que vais de prisa al teatro San Carlos, envueltos en capas suntuosas, en cuyos pliegues blanquea la corbata de soirée! ¡Oh, carruajes llenos de andaluzas, que desfiláis gallardamente hacia los toros, cuántas veces me hicieron suspirar! Porque la certidumbre de que mis veinte mil reis al mes y mi encogida figura de enclenque me privaban para siempre de aquellos placeres hería mi pecho, ¡como la flecha que se hunde en el tronco de un árbol y queda vibrando allí por mucho tiempo!

A pesar de todo, yo no me compadecía considerándome un paria. La vida modesta tiene sus encantos: resulta grato, en una mañana de sol radiante, con la servilleta al cuello, ante un bistec, abrir el Diário da Notícias; en las tardes de verano, en los bancos públicos del Passeio, se disfrutan las ternuras del idilio; por las noches, en Martinho, tomando a sorbitos un café, es un placer oír a los charlatanes que injurian a su patria... Además, nunca fui excesivamente desgraciado, porque no tengo imaginación. No me consumía persiguiendo paraísos ficticios, nacidos de mi propia alma ansiosa, como nace una nube de la evaporación de un lago; no suspiraba contemplando las brillantes estrellas por un amor como el de Romeo o por una gloria mundana como la de Camóes. Yo soy una persona práctica. Sólo quería lo racional, lo concreto, lo que ya habían alcanzado algunos vecinos, lo que es accesible a un bachiller. Y me había resignado, como el que en una table d'hótel mastica con trabajo un pedazo de pan seco mientras espera que le llegue, a los postres, la exquisita charlote russe. Tenían que llegar mejores tiempos, y para adelantarlos yo hacía como portugués y como constitucional todo lo que debía: rezaba todas las noches a Nossa Senhora das Dores y compraba décimos de lotería.

Mientras tanto procuraba distraerme. Y como las circunvoluciones de mi cerebro no me capacitaban para componer odas, cosa que hacían tantos otros a mi alrededor, liberándose del aburrimiento de la profesión; como mi sueldo, que paga la pensión y los cigarrillos, no me permitía ningún vicio, yo tenía la costumbre de comprar en los puestos de la Ladra viejos volúmenes, desparejados y, por la noche, en mi cuarto, me hartaba con aquellas curiosas lecturas. Siempre eran obras de títulos serios: Galería de Inocencia, Espejo milagroso, Tristeza de los desheredados... ¡Su aspecto venerable, el papel amarillento y apolillado, la encuadernación monacal y el señalador de seda verde para marcar la página me encantaban! Además, aquellos ingenuos relatos en grandes caracteres de imprenta brindaban calma a todo mi ser, una sensación parecida a la profunda paz del interior de un monasterio, en el fondo de un valle, en un suave atardecer, mientras corre, triste, el agua...

Una noche, hace años, comencé a leer, en uno de aquellos vetustos infolios, un capítulo titulado "La quebrada de las almas"; me hundía en un grato sopor, cuando un párrafo singular llamó mi atención en medio del tono neutro y gris de la página, como el relieve de una pulida medalla de oro brillando sobre un tapete oscuro. Copio textualmen-



Librodot

te:

-En las profundidades de China existe un mandarín más rico que todos los reyes de quienes hablan la leyenda o la Historia. Nada conoces de él, ni su nombre, ni su rostro, ni la seda con que se viste. Para que tú heredes sus caudales infinitos, basta que hagas sonar esa campanilla que se halla a tu lado, sobre un libro. Él apenas emitirá un suspiro en los confines de Mongolia. Entonces se convertirá en un cadáver y tendrás a tus pies más oro del que puede soñar la ambición de un avaro. Tú, que me lees y eres un mortal, ¿harás sonar la campanilla?

Me quedé perplejo ante la página abierta; aquella interrogación... mortal, ¿harás sonar la campanilla?» me parecía cómica, maliciosa y, sin embargo, me trastornaba prodigiosamente. Quise seguir leyendo, pero las líneas escapaban, como cobras asustadas, entre ondulaciones, y en el vacío que dejaban, de una palidez de pergamino, resaltaba, brillante y negra, la extraña interpelación: »¿Harás sonar la campanilla?»

Si el volumen hubiera sido de una humilde edición Michel-Levy, de cubierta amarilla, yo, que, después de poco, no me encontraba sumergido en un bosque de balada alemana y desde mi ventana podía ver blanquear a la luz del gas el correaje de una patrulla, hubiera cerrado simplemente el libro, y disipar así la alucinación nerviosa. Pero aquel infolio sombrío parecía destilar magia: cada letra adquiría la inquietante configuración de esos signos de la cábala antigua que encierran atributos fatídicos; las comas se retorcían petulantes como rabos de diablillos, entrevistos al claro de luna; en el signo de interrogación final veía yo el temible garfio con que el Tentador va ensartando las almas que se duermen sin refugiarse en la inexpugnable ciudadela de la Oración... Una fuerza se apoderó de mí, arrastrándome más allá de la realidad y de la razón. Y en mi espíritu se formaron dos imágenes: por una parte, un Mandarín decrépito, muriendo sin dolor, lejos, en un quiosco chino al tilín-tilín de una campanilla; y por la otra, ¡toda una montaña de oro centelleando a mis pies! Todo era tan claro, que yo veía nublarse los ojos oblicuos del viejo señor como si los cubriera una fina capa de polvo, y oía el nítido tintineo de las monedas rodando juntas. Paralizado, horrorizado, clavé los ojos ardientes en la campanilla colocada discretamente ante mí, sobre un diccionario francés... ¡La campanilla anunciada, de la que hablaba el extraño infolio!

Entonces, desde el otro lado de la mesa, una voz insinuante y metálica me dijo en medio del silencio:

-¡Vamos, Teodoro, amigo mío; extienda la mano, haga sonar la campanilla, atrévase!

La abat- jour de tela verde de la vela creaba sombra alrededor. La levanté temblando. Y vi, sentado y en paz, un individuo fuerte, todo vestido de negro, con sombrero de copa alta y guantes, también negros, con las manos gravemente apoyadas en el puño de un paraguas. No parecía fantástico. Parecía tan contemporáneo, tan normal, tan clase media como si fuera de mi oficina...

Toda su originalidad estaba en el rostro, sin barba, de rasgos definidos y duros: la nariz agresiva, muy corva, tenía el aspecto rapaz y amenazador del pico de un águila; el contorno de los labios, muy enérgico, daba a su boca un aspecto de bronce; los ojos, que miraban fijamente, parecían los fogonazos de un disparo salido súbitamente de entre el zarzal tenebroso de las cejas unidas; estaba pálido, pero, en su piel, se extendían, aquí y allá, vetas sanguinolentas como en un antiguo mármol fenicio.

De repente me aterró la idea de que tenía frente a mí al Diablo; pero de inmediato toda mi razón se sublevó, resuelta, contra tanta fantasía. Yo nunca había creído en el

Diablo, como nunca había creído en Dios. Jamás lo pregoné ni lo publiqué en los periódicos para no enojar a los poderes públicos, que se encargan de mantener el respeto a esos seres; pero no creo que existan esos dos personajes, viejos como la Sustancia, rivales bonachones, que se hacen jugarretas amables, uno de barbas nevadas y túnica azul, con la toilette del antiguo Júpiter, habitante de las alturas luminosas, con una corte más complicada que la de Luis XIV, y el otro, mugroso y astuto, ornado con cuernos, que vive entre llamas subterráneas, en una imitación burguesa del extravagante Plutón. ¡No, no lo creo! Cielo e Infierno son concepciones sociales para uso plebeyo, y yo pertenezco a la clase media. Rezo, es verdad, a Nossa Senhora das Dores, porque así como solicité clemencia a mi profesor para obtener mi título, así como para conseguir mis veinte mil reis imploré la benevolencia del señor diputado, de igual modo, para librarme de la tuberculosis, de la angina de pecho, del navajazo de algún rufián, de la cáscara de naranja resbaladiza con la que se rompe uno la pierna, de otros males públicos, necesito contar con una protección sobrenatural. Ya sea con adulaciones o con halagos, el hombre prudente tiene que ir empleando astutamente una serie de lisonjas desde la Arcadia hasta el Paraíso. Con un valedor en el barrio y una abogada mística en las alturas, el destino del bachiller queda asegurado.

Por eso, libre de torpes supersticiones, dije con familiaridad al individuo vestido de negro:

-¿Entonces, me aconseja de verdad que haga sonar la campanilla?

El desconocido alzó un poco su sombrero, descubriendo una frente estrecha, adornada por unos mechones negros como los del fabuloso Alcides, y contestó exactamente:

-Mire, querido Teodoro. ¡Veinte mil reís al mes son una vergüenza social! Además, en la tierra hay cosas prodigiosas: vinos de Borgoña, como, por ejemplo, el Romanée-Conti del 58, y el Chambertin del 61, que cuestan entre diez y doce mil reís la botella, y quien bebe la primera copa no duda en matar a su padre por beber la segunda. En París y en Londres se fabrican carruajes de amortiguadores tan suaves, de tapizados tan mullidos que es preferible recorrer en ellos el Campo Grande antes que viajar, como los dioses antiguos, por los cielos, sobre los suaves almohadones de las nubes... No ofenderé su cultura diciéndole que hoy las casas se amueblan con un estilo y con un confort tales, que sólo ellas hacen realidad ese sueño, en otro tiempo imaginario que se llamaba bienestar. No le hablaré, Teodoro, de otros placeres terrena- . les, como, por ejemplo, el Teatro del Palais Royal, el baile Laborde o el Café Anglais... Sólo quiero llamar su atención sobre un hecho: existen seres que se llaman Mujeres, que nada tienen que ver con esas que se llaman Hembras. Aquéllas, Teodoro, en mi tiempo, página tres de la Biblia, únicamente vestían una hoja de parra. Hoy, Teodoro, llevan toda una sinfonía, todo un ingenioso y sutil poema de encajes, batistas, rasos, flores, joyas, cachemires, gasas y terciopelos... Imagínese la inexpresable satisfacción que los cinco dedos de un cristiano sienten al palpar esas maravillas de tersura; pero comprenderá también que los gastos de esos seres angelicales no se cubren con una modesta moneda de cien reis... Pero ellas tienen todavía algo mejor, Teodoro: cabellos color de oro o color tinieblas, y así llevan en sus trenzas la apariencia simbólica de las dos grandes tentaciones humanas: el ansia del metal precioso y el conocimiento de lo absoluto trascendente. Y todavía tienen más: brazos marmóreos de una frescura de lirio húmedo de rocío; senos, que sirvieron de modelo para el ánfora del famoso Praxiteles, poseedora del contorno más puro y más ideal de la antigüedad...

Los senos, en otro tiempo (según el criterio de ese Anciano ingenuo que les formó a ustedes, el que fabricó el mundo, y cuyo nombre me está prohibido pronunciar por una enemistad secular), estaban destinados a la nutrición augusta de la Humanidad; pero tranquilícese, Teodoro: hoy ninguna madre sensata los deja expuestos a esa función deformadora y severa; sirven sólo para resplandecer, envueltos en encajes, en tules de soirées y para otros usos secretos. La conveniencia me exige terminar esta exposición radiante de las bellezas que caracterizan el fatal femenino... Por otra parte, sus pupilas ya brillan... Pero todas esas cosas están lejos, infinitamente lejos, Teodoro, de sus veinte mil reis al mes... ¡Reconozca usted, al menos, que estas palabras tienen el venerable sello de la verdad!

-Así es -murmuré, enrojecido.

Y su voz prosiguió paciente y suave.

-¿Qué me dice usted de unos quinientos treinta mil millones de reis? Yo sé que son poca cosa. Pero, en fin, sirven para empezar, son una pequeña ayuda en la conquista de la felicidad. Ahora piense sobre estos hechos: el Mandarín, ese Mandarín de lo más recóndito de China, está decrépito y gotoso; como hombre, como jerarquía del Celeste Imperio, resulta menos útil en Pekín y a la Humanidad que una piedra en la boca de un perro hambriento. Pero la transformación de la Sustancia es posible; se lo aseguro yo, que conozco el secreto de las cosas... Porque la Tierra es así: toma aquí un hombre podrido y lo devuelve allá, en el conjunto de las formas, como un vegetal fresco. Bien puede suceder que ese hombre, inútil como Mandarín en el Imperio Oriental, resulte útil en otras tierras, como rosa perfumada o sabroso repollo. Matar, hijo mío, significa casi siempre establecer un equilibrio en las necesidades del universo. Implica eliminar aquí lo que sobra para ir más allá a cubrir una carencia. Empápese de estas filosofías concretas. Una pobre costurera de Londres anhela ver florecer en su ventana un tiesto lleno de tierra negra: una flor sería el consuelo de esa desheredada; pero en la disposición de los seres, por desgracia, en ese momento, la Sustancia que debía de ser allí una rosa es aquí, en el barrio de la Baixa, un hombre de Estado... Entonces llega el rufián de navaja de muelles y raja al estadista, arrancándole los intestinos; enterrándolos con cortejo de carruajes; la materia empieza a descomponerse, se mezcla con el vasto cambio de los átomos y el superfluo hombre de Estado va a alegrar, bajo la forma de un anhelo, la buhardilla de la rubia costurera. ¡El asesino es un filántropo! Permítame resumir, Teodoro: la muerte de ese viejo Mandarín idiota representa para su bolsillo unos cuantos miles de millones. Usted, desde ese momento, puede dar un puntapié a los poderes públicos. ¡Piense en la intensidad de ese goce! Por supuesto, saldrá en los periódicos. ¡Imagine con deleite ese summum de la gloria humana! Y ahora fíjese: sólo tiene que coger la campanilla y hacer tilín-tilín. Yo no soy un bárbaro; comprendo lo repugnante que es para un gentleman asesinar a un semejante. La sangre que brota ensucia vergonzosamente los puños y la agonía de un cuerpo humano resulta repulsiva. Pero aquí no habrá ningún espectáculo desagradable... Es como quien llama a un criado... Y son ciento cinco o ciento seis mil millones de reis, me parece, no recuerdo, pero lo tengo anotado... Teodoro, no dude de mí. Soy un : caballero. Lo demostré cuando, en la guerra contra un tirano en el primer levantamiento justo, me vi precipitado desde alturas que no puedo describirle... ¡Una caída considerable, mi querido amigo! Mi consuelo es que el otro también quedó muy estropeado. Porque, amigo mío, cuando un Jehová tiene en su contra sólo a un Satanás, sale bien del paso enviando a la carga a una legión de arcángeles; pero, cuando el

enemigo está armado con una pluma de ganso y con un cuaderno en blanco, está perdido... En fin, son ciento seis mil millones de reis. Vamos, Teodoro, ahí tiene la campanilla; atrévase.

Yo sé lo que se debe a sí mismo un cristiano. Si este personaje me hubiese llevado hasta la cumbre de un monte en Palestina, durante una noche de luna llena, y allí, mostrándome ciudades, razas e imperios dormidos, me hubiera dicho: «Mata al Mandarín y todo lo que ves en el valle y en la colina será tuyo», yo habría sabido contestarle siguiendo un ejemplo ilustre y alzando un dedo hacia el infinito estrellado: «¡Mi reino no es de este mundo!» Conozco a los clásicos. Pero eran ciento seis mil millones de reís, ofrecidos a la luz de una vela de estearina, en la Travessa da Conceição por un tipo con sombrero de copa, que se apoyaba en un paraguas...

Y entonces no dudé. Con mano firme agité la campanilla. Quizá fue una ilusión; pero me pareció que una campana, de boca tan amplia como el firmamento mismo, repicaba en la oscuridad a través del universo, en un tono trágico que con seguridad fue a despertar soles que dormían y planetas panzudos que crujían sobre sus ejes...

El individuo se llevó un dedo hasta el párpado para enjugar una lágrima, que le nubló por un momento su ojo rutilante:

-¡Pobre Ti Chin-Fu!...

-¿Ha muerto?

-Estaba en su jardín tranquilo, armando una cometa de papel, para volarla, honesto pasatiempo de un Mandarín jubilado, cuando le sorprendió el tilín-tilín de la campanilla. Ahora yace a la orilla de un arroyo cantarín, vestido completamente de seda amarilla, muerto, boca arriba, sobre la verde hierba, y entre los fríos brazos sostiene su cometa de papel, que parece tan muerta como él. Mañana serán los funerales. ¡Que la sabiduría de Confucio invada su alma y le guíe!

Y el desconocido se levantó, se quitó con respeto el sombrero y salió con su paraguas bajo el brazo.

Entonces, al oír el portazo, creí despertar de una pesadilla. Corrí hacia el pasillo. Una voz afable hablaba con la señora Marques, y la cancela de la escalera se cerró sin ruido...

-¿Quién ha salido, doña Augusta? -pregunté, bañado en sudor frío.

-Cabritiña, que va a jugar un ratito...

Volví a mi cuarto. Allí todo seguía tranquilo, idéntico, real. El infolio estaba abierto por la temible página. La releí; ahora sólo me pareció la prosa anticuada de un moralista ridículo: las palabras tenían el aspecto de carbones apagados...

Me acosté, y soñé que estaba lejos, más allá de

Pekín, en las fronteras de Tartaria, en el quiosco de un convento de Lamas, escuchando las máximas prudentes y apacibles que surgían, con un aroma delicado de té, de los labios de un Buda vivo.

# II

Transcurrió un mes.

Entretanto, rutinario y triste, yo iba poniendo mi caligrafía al servicio de los poderes públicos y admirando los domingos la habilidad enternecedora con que doña Augusta le

quitaba la caspa a Couceiro. Ahora me resultaba evidente que aquella noche me había dormido sobre el infolio y que había soñado con una "Tentación de la montaña" con formas familiares. No obstante, instintivamente, empecé a buscar noticias de China. Iba a leer los telegramas a la Havanesa y lo que más me interesaba eran las noticias del Celeste Imperio, aunque en aquella época todo estaba tranquilo en la tierra de las razas amarillas... La Agencia Havas sólo hablaba de Herzegovina, de Bosnia, de Bulgaria y de otras curiosidades extranjeras...

Poco a poco fui olvidando mi fantasmal suceso y, al mismo tiempo, mientras mi espíritu se apaciguaba, volvieron a agitarse mis antiguas ambiciones: un ascenso, el seno amante de una Lola, bistecs más tiernos que los de doña Augusta. Pero esos lujos me parecían tan inalcanzables, tan surgidos de mis sueños como los propios millones del Mandarín. Y por el desierto fue avanzando lenta y monótonamente la caravana de mis melancolías.

Un domingo de agosto por la mañana, tumbado sobre la cama en mangas de camisa, dormitaba con el puro apagado en los labios, cuando la puerta crujió con suavidad; abrí los párpados soñolientos, y vi que junto a mí se inclinaba una calva respetable, y en seguida una voz nerviosa murmuró:

-¿Don Teodoro?... ¿Don Teodoro, del Ministerio de la Gobernación?...

Me incorporé lentamente, apoyado sobre el codo y respondí, bostezando:

-Yo soy, señor.

El individuo hizo otra reverencia, como si fuera un cortesano en presencia del augusto rey Bobeche... Era bajito y gordo: los extremos de las blancas patillas le rozaban las solapas de la levita de alpaca. Unos venerables lentes de oro brillaban en su cara mofletuda; todo él parecía una próspera personificación del Orden, y temblaba, desde la calva lustrosa hasta los zapatos de becerro. Carraspeó, escupió, balbuceó:

-¡Traigo noticias para usted! ¡Importantes noticias! Mi nombre es Silvestre... De Silvestre, Juliano y Compañía... Su humilde servidor... Han llegado ahora mismo en el vapor de Southampton... Nosotros somos corresponsales de Brito, Alves y Cía., de Macao... Corresponsales de Graig and Co., de Hong-Kong... Las cartas vienen de Hong-Kong...

El hombre se ahogaba, y su mano gordezuela agitó temblando un enveloppe abultado, con un sello de lacre negro.

-Su Excelencia seguramente -prosiguió- estará avisado... pero nosotros no... La confusión es natural... Esperamos que sea benévolo con nosotros... Nosotros respetamos mucho su carácter... ¡Su Excelencia en esta tierra es una flor de virtud, espejo de bondad! Aquí están los primeros libramientos sobre Bhering and Brothers, de Londres... Letras a treinta días sobre Rothschild...

A este nombre, sonoro como el oro mismo, salté, ansioso, de la cama:

-¿Qué he dicho, señor? -grité.

Y él gritó con más fuerza y blandiendo el enveloppe, levantándose de puntillas:

-¡Son ciento seis mil millones, señor! ¡Ciento seis mil millones sobre Londres, París, Hamburgo y Amsterdam, librados a su favor, Excelentísimo Señor!... ¡A su favor, Excelentísimo Señor!... ¡Por las casas de Hong-Kong, de Shanghai y de Cantón, de la herencia depositada por el Mandarín Ti Chin-Fu!

Sentí temblar la tierra bajo mis pies y cerré los ojos. Pero, de repente, comprendí que yo era, desde aquel instante, como una encarnación de lo Sobrenatural: de quien recibía

mi fuerza y del que poseía sus atributos. No podía reaccionar como un hombre común ni permitirme comportamientos humanos. Por eso, para no romper el orden hierático, no sollocé, como me pedía el corazón, sobre el generoso pecho de la señora Marques...

De ahora en adelante tenía que adoptar la impasibilidad de un Dios o de un Demonio. Con naturalidad me sacudí los pantalones, y dije a Silvestre, Juliano y Cía. estas palabras:

-¡Está bien! El Mandarín..., ese Mandarín que dice que se ha portado conmigo como un caballero. Ya sé de qué se trata: es un asunto familiar. Déjeme los papeles ahí... Buenos días.

Silvestre, Juliano y Cía. emprendió la retirada, reculando, con la espalda y la frente dobladas hacia el suelo.

Entonces abrí la ventana de par en par y, echando hacia atrás la cabeza, aspiré el aire cálido, con la satisfacción de una corza cansada...

Después eché una mirada hacia abajo, hacia la calle: la burguesía se dispersaba, en una pacífica salida de misa, entre dos filas de carruajes. Me fijé aquí y allá, inconsciente, en algunos tocados de señoras, en los metales brillantes de algunos arreos. ¡Y de repente me asaltó esta idea, esta certeza triunfal: yo podía alquilar todos aquellos coches por horas y por años! ¡Ninguna de las mujeres que veía se negaría a ofrecerme su seno desnudo a una señal de mi deseo! ¡Todos aquellos hombres, con trajes domingueros, se arrodillarían ante mí como ante un Cristo, un Mahoma o un Buda, si yo les ponía delante de las narices mis ciento seis mil millones pagaderos en las mejores plazas de Europa!...

Me apoyé en el alféizar de la ventana y reí con repugnancia al ver la agitación efímera de aquella humanidad inferior que se creía libre y fuerte, ¡mientras por encima de ella, en el balcón de un cuarto piso, yo tenía en mi mano, en un enveloppe lacrado en negro, el origen mismo de su debilidad y de su esclavitud! Entonces, en un momento y de un solo trago, disfruté imaginando las satisfacciones del lujo, las delicias del amor y las arrogancias del poder. Pero después el hastío fue invadiendo mi alma; y, sintiendo el mundo a mis pies, bostecé como un león satisfecho.

¿De qué me servían al fin tantos millones sino para confirmarme, día tras día, la desoladora vileza del hombre?... ¡Y así, ante tanto oro, iba a esfumarse ante mis ojos, como el humo, la belleza moral del Universo! Me invadió una tristeza mística. Me dejé caer en una silla, y con la cara oculta entre las manos lloré rabiosamente. Al poco rato, la señora Marques abrió la puerta, preciosa en sus sedas negras.

-¡Estamos esperándole para comer, enclenque!

Salí de mi llanto para contestar secamente:

-No quiero comer.

-¿Qué dice?

En aquel momento estallaron unos cohetes a lo lejos. Recordé que era domingo, día de toros; de pronto una visión brilló, centelleó, y me atrajo divertido: ¡podría ver la corrida desde un palco; después, una cena con champaña; la orgía nocturna sería una buena iniciación! Me precipité hacia la mesa. Me llené los bolsillos de cartas de crédito pagaderas en Londres. Bajé a la calle con la furia del buitre que se lanza en el aire sobre la presa. Pasaba un carruaje vacío. Lo paré y grité:

-¡A los toros!

-¡Son mil reis, señor!

Miré con repulsión aquel grosero pedazo de materia orgánica. ¡Le hablaba de céntimos a un coloso de millones! Metí la mano en el bolsillo, plagado de millones, y

saqué mis monedas. ¡Tenía sólo setecientos veinte reís!

El cochero restalló el látigo sobre las ancas de la yegua y arrancó mascullando. Yo balbucí:

-¡Pero tengo cartas de crédito!... ¡Aquí están! ¡Pagaderas en Londres! ¡En Hamburgo!...

-No sirven.

¡Setecientos veinte reis!... Y toros, cena de gran señor, flamenco, todo aquel sueño se esfumó como una pompa de jabón alcanzada por la punta de un alfiler.

Odié a la Humanidad, abominé el dinero. Otro carruaje, lanzado al trote, ocupado por gente alegre, casi me atropella en aquel estado de abstracción en que permanecía, con mis setecientos veinte reis en la palma de la sudorosa mano.

Cabizbajo, forrado de millones pagaderos en Rothschild, regresé a mi piso, para humillarme ante la señora Marques, comí su pétreo bistec y pasé aquella primera noche de riqueza bostezando en mi cama solitaria, mientras fuera el feliz Couceiro, el mezquino teniente de quince mil reis de sueldo, se divertía con doña Augusta, tañendo en su vihuela el Fado da Cotovia.

***

Hasta la mañana siguiente, mientras me afeitaba, no reflexioné sobre el origen de mis riquezas. Evidentemente era algo sobrenatural y sospechoso.

Pero como mi razón me impedía atribuir aquel tesoro imprevisto al generoso capricho de Dios o del Diablo, ficciones puramente escolásticas; como los esquemas positivistas que constituyen el fondo de mi filosofía no me dejaban indagar las causas primeras, los orígenes esenciales, muy pronto decidí aceptar fríamente este fenómeno y utilizarlo con provecho. Así que corrí hacia el London and Brazilian Bank...

Y allí arrojé sobre el mostrador un pagaré de cuatro millones y medio de reís contra el Banco de Inglaterra y proferí esta deliciosa palabra:

-¡Oro!

Un cajero me sugirió con amabilidad:

-Tal vez sería más cómodo en billetes...

Repetí bruscamente:

-¡Oro!

Llené mis bolsillos apresuradamente, a puñados; y en la calle, cargado, subí a un carruaje. Me sentía gordo, voluminoso; tenía en la boca el sabor del oro, una sequedad de polvo de oro en las manos; las paredes de las casas parecían brillar como grandes láminas de oro, y dentro del cerebro sentía con tintineos metálicos un sonido sordo, como si el movimiento de un océano arrastrara en sus olas lingotes de oro.

Entregándome al balanceo de los muelles, botando como un cántaro inseguro, dejaba caer sobre la calle, sobre la gente, la mirada torva y aburrida del que está harto. Y, por fin, eché mi sombrero hacia la nuca, crucé las piernas y, alzando el vientre, eructé con la fuerza de un ricachón...

Así viajé mucho tiempo por la ciudad, embrutecido en un deleite de nabab.

De repente, un súbito deseo de gastar, de dilapidar oro, vino a ensanchar mi pecho como la ráfaga que hincha una vela.

-¡Para, animal! -grité al cochero.

Los caballos se detuvieron. Busqué alrededor, con los párpados entrecerrados, algo caro que comprar, la joya de una reina o la conciencia de un estadista. No vi nada y entonces corrí a un estanco:

-¡Puros! ¡De cien reis! ¡De mil! ¡O más caros aún! ¡De diez mil!

-¿Cuántos? -preguntó servilmente el individuo.

-¡Todos! -le respondí brutal.

En la puerta, una mendiga, totalmente de luto, con su hijo encogido junto al pecho, me tendió una mano pálida. Me disgustaba buscar monedas de cobre entre mis montones de oro. La rechacé impaciente y, con el sombrero sobre los ojos, lancé una mirada fría a la plebe.

Entonces divisé, acercándose, la gran figura de mi jefe. De inmediato me encontré con la espalda doblada en arco y con el sombrero reverente barriendo el suelo. Era la rutina de la sumisión. Mis millones aún no me habían proporcionado la verticalidad de mi espinazo...

En casa arrojé el oro en la cama y me revolqué encima un buen rato, entre gruñidos de sordo placer. En la torre cercana dieron las tres y el sol, presuroso, se ponía ya, llevándose consigo mi primer día de opulencia... ¡Entonces, cargado de dinero, corrí a saciarme!

¡Ah, qué día! Comí en un salón reservado del Hotel Central, solitario y egoísta, con la mesa cubierta de vinos de Burdeos, Borgoña, Champagne, Rhin, licores de todas las comunidades religiosas, ¡podía aplacar la sed de treinta años! Pero sólo me harté de Colares portugués. ¡Después, con paso inseguro, fui tambaleándome hasta el burdel! ¡Qué noche! Amanecía ya tras las persianas cuando me encontré exhausto sobre la alfombra, semidesnudo, sintiendo que el cuerpo y el alma se desvanecían, se disolvían en aquel ambiente sofocante, donde flotaba un olor a polvos de tocador, a hembra, a punch...

Cuando volví a la casa de la Travessa de Conceição, las contraventanas de mi cuarto estaban cerradas y la vela se apagaba, entre llamaradas rojizas, en la palmatoria. Entonces, al llegar junto a la cama, ¡vi, atravesada en la colcha, la figura panzuda del Mandarín fulminado, vestido de seda amarilla, con la larga coleta suelta, y entre los brazos, muerta también, una cometa de papel!

Abrí las contraventanas desesperado; todo desapareció; lo que había ahora sobre la cama era un viejo abrigo de color claro.

# III

Entonces inicié mi vida de millonario. Dejé inmediatamente la casa de la señora Marques, que, al enterarse de que era rico, empezó a obsequiarme todos los días con arroz con leche, y ella misma me servía, con su vestido de seda dominical. Compré y habité un palacete amarillo en Loreto; la suntuosidad de mi alojamiento es conocida gracias a las indiscretas fotografías de la Ilustración Francesa. En toda Europa adquirió gran fama mi lecho, de un gusto exuberante y bárbaro, con los pilares cubiertos de láminas de oro repujado, y cortinas de un rico brocado negro, en que destacan bordados con perlas algunos versos eróticos de Catulo; una lámpara, colgada dentro del baldaquín, esparce allí la claridad blanquecina y apacible de una luna de verano.

Mis primeros meses de rico, no lo oculto, los consumí amando, con el latir sincero del corazón de un joven inexperto. La había visto, como en una página de novela, regando sus claveles en el balcón. Se llamaba Cándida, era menuda y rubia; vivía en la calle Buenos Aires, en una casita modesta, cubierta de enredaderas, y me recordaba, por su gracia y su elegancia, todo lo más fino y frágil que ha creado el arte: Mimí, Virginia, la Joaninha del Valle de Santarem.

Todas las noches me rendía, en éxtasis místico, a sus pies de mármol. Todas las mañanas le llenaba el regazo con billetes de veinte mil reis. Ella los rechazaba, al principio, con rubor, y después los guardaba en el cajón, mientras me llamaba su ángel Totó. Un día entré con pasos cautelosos, sobre la gruesa alfombra persa, hasta su boudoir; ella estaba escribiendo, absorta, el meñique levantado; al verme, toda trémula y pálida, escondió el papel, que tenía su monograma. En un arrebato de celos se lo quité. Era la carta, la consabida carta, la carta necesaria, la carta que desde la remota antigüedad escribe siempre la mujer; la encabezaba un "Idolatrado mío " y estaba dirigida a un alférez de la vecindad...

Arranqué de mi pecho aquel sentimiento como si se tratara de una planta venenosa. Dejé de creer para siempre en ángeles rubios que conservan en su mirada el reflejo de los cielos recorridos; desde lo alto de mis riquezas dejé caer sobre la Inocencia, el Pudor y otras idealizaciones funestas, la cínica carcajada de Mefistófeles, y organicé fríamente una existencia animal, grandiosa e impúdica.

***

Al mediodía entraba en mi bañera de mármol color de rosa, donde los perfumes vertidos daban al agua un tono opaco, lechoso; después, unos pajes amables, de manos suaves, me masajeaban con el ritual de quien celebra un culto, y, envuelto en una robe-de-chambre de seda de la India, cruzaba la galería, entre hileras de lacayos silenciosos admirando mis Fortuny y mis Corot, para ir a comer el bistec a la inglesa, servido en vajilla de Sevres, azul y oro. Si hacía calor, el resto de la mañana lo pasaba sobre almohadones de satén color perla, en un boudoiren el que el mobiliario era de porcelana fina de Dresde y las flores formaban un pabellón de Armida; allí devoraba el Diário da Notícias, mientras lindas jóvenes, vestidas de japonesas, refrescaban el aire con abanicos de plumas.

Por la tarde iba a pie hasta la calle Pote das Almas; era la hora más calurosa del día; apoyado en el bastón, arrastraba las piernas casi inertes y daba bostezos de fiera satisfecha. ¡Y la plebe abyecta se detenía para contemplar, extasiada, al nabab aburrido!

A veces me inundaba una nostalgia de los tiempos pasados en la oficina. Entraba en casa, y encerrado en la biblioteca, donde el pensamiento de la Humanidad dormía en el olvido y encuadernado en piel, cortaba una pluma de ganso y sobre las hojas de mi querido papel oficial de otra época trazaba durante largas horas: «Excelentísimo e Ilustrísimo Señor: Tengo el honor de comunicar a Vuecencia... Tengo el honor de remitir a Usía....

Al caer la noche, para anunciar la cena, un criado tocaba una solemne melodía en su trompeta de plata, a la moda gótica, y resonaba por los corredores. Me levantaba, majestuoso y solitario, e iba al comedor. Una tropa de lacayos, con sus libreas de seda negra, entre un silencio de sombras deslizantes, servía exóticos platos, vinos caros como

joyas. La mesa resplandecía de flores, luces, cristales, brillos dorados, y enrollándose en las pirámides de frutas, mezclándose con el aroma de los platos, como una niebla sutil, ascendía un delirio indescriptible...

Después, apoplético, me dejaba caer en el interior del coupé y me dirigía a la casa de las ventanas verdes, donde tenía, en un jardín de harén, entre exquisiteces musulmanas, un vivero femenino. Me ponían una túnica de seda fresca y perfumada y yo me entregaba a locuras sin nombre... Con las primeras luces del día me llevaban a casa medio muerto; me santiguaba maquinalmente, y al poco tiempo roncaba, boca arriba, pálido, sudando frío, como un Tiberio agotado.

***

Entretanto, Lisboa se arrastraba a mis pies. El patio del palacete estaba siempre ocupado por una multitud. Mirando aburrido desde las ventanas de la galería, veía allí blanquear las pecheras de la aristocracia, negrear las sotanas del clero y relucir el sudor de la plebe. Todos venían a suplicar, con sus repugnantes bocas, el honor de mi sonrisa y una parte de mi oro. Algunas veces recibía a un viejo de histórico título. Avanzaba por la sala, casi rozando la alfombra con sus canas, entre tartamudeos aduladores, y de inmediato abría sobre su pecho la mano de venas abultadas, por las que corría una sangre tres veces centenaria, para ofrecerme a su amada hija como esposa o como amante.

Todos los ciudadanos me traían presentes, como a un ídolo sobre su altar; unos, odas votivas; otros, mi monograma bordado con cabellos; algunos, chinelas o pipas, y cada uno de ellos su propia conciencia. Si mi mirada opaca se fijaba por casualidad, en la calle, en una mujer, al otro día llegaba un carta en que aquella persona, esposa o prostituta, me brindaba su desnudez o su amor y todas las complacencias de la lascivia.

Los periodistas fustigaban su imaginación para hallar adjetivos dignos de mi grandeza; fui el "sublime don Teodoro"; llegué a ser el "celestial don Teodoro"; entonces, en pleno desatino, la Gazeta das Locais me llamó el "extracelestial don Teodoro"! Ante mí jamás permaneció ninguna cabeza descubierta, ya llevara corona o tiara. Todos los días me ofrecían un ministerio o la dirección de una cofradía. Las rechacé siempre con desagrado.

Poco a poco la noticia de mi riqueza fue traspasando las fronteras del reino. El Figaro hablaba de mí en cada número, olvidando a Enrique V; el grotesco inmortal que firma "Saint-Genest" me dirigió apóstrofes convulsivas, pidiéndome que salvara a Francia, y por entonces las "Ilustraciones" extranjeras publicaron escenas de mi vida con todo lujo de colores. Todas las princesas europeas me enviaron enveloppes con sellos heráldicos, en los que con fotografías y documentos me daban a conocer la forma de sus cuerpos y la antigüedad de sus genealogías. Dos chistes que conté ese año fueron telegrafiados al mundo entero por la agencia Havas, y me consideraron más ingenioso que Voltaire, que Rochefort y que ese fino entendimiento que se llama "Todo el Mundo". Del ruido de mis intestinos se enteraba el planeta entero por los diarios. Hice préstamos a reyes, subvencioné guerras civiles y fui estafado por todas las repúblicas hispanoamericanas que bordean el golfo de México.

Y yo, entretanto, vivía triste...

***

Cada vez que llegaba a casa, me quedaba horrorizado ante la misma visión: o tendida en el umbral de la puerta, o atravesada sobre la cama de oro, allí estaba la figura panzona, de coleta negra y túnica amarilla, con su cometa entre los brazos... ¡Era el Mandarín Ti Chin-Fu! Me lanzaba contra él blandiendo el puño y todo desaparecía.

Entonces me desplomaba aniquilado, cubierto de sudor, sobre un sillón, y murmuraba en el silencio de la estancia donde las velas de los candelabros daban unos tonos sanguinolentos a los damascos rojos:

-;Tengo que matara ese muerto!

Pero no era la impertinencia de un viejo fantasma panzón, instalado en mis muebles, sobre mis colchas, lo que me amargaba la vida.

El horror máximo estaba en la idea, que se me clavó entonces en la mente como un hierro indeleble: ¡yo había asesinado a un anciano!

No lo había hecho con una cuerda alrededor del cuello, al estilo musulmán; ni con veneno en una copa de vino de Siracusa, a la moda renacentista italiana; ni con ninguno de los métodos clásicos que la historia de las monarquías ha consagrado: el puñal, como dom Joáo II, o el mosquete, como Carlos IX de Suecia...

Había eliminado a una persona, a distancia, con una campanilla. Era absurdo, fantástico, gracioso. Pero eso no cambiaba la vileza trágica del hecho: ¡yo había asesinado a un anciano!

Poco a poco este convencimiento se instaló, cristalizó en mi alma, y como una columna en el campo se apoderó de toda mi vida interior; de modo que, aunque el camino que tomasen mis pensamientos se desviara considerablemente, siempre veían negro el horizonte por aquel recuerdo acusador; por muy alto que volaran mis fantasías, fatalmente terminaban por herirse las alas contra aquel monumento de miseria moral.

¡Ah! ¡Por más que se piense que la vida y la muerte son transformaciones triviales de la Sustancia, produce terror la simple idea de que se ha helado una sangre caliente, de que se ha inmovilizado un músculo vivo! Después de comer, cuando me tendía en el sofá con languidez, oliendo a mi lado el aroma del café, sentía una sensación agradable, pero de inmediato se elevaba en mí, melancólico como el coro que viene de una mazmorra, todo un murmullo de acusaciones:

-¡Hiciste que esta buena vida que disfrutas no sea disfrutada nunca más por el venerable Ti ChinFu!

Era inútil que contestara a la conciencia recordándole la decrepitud del Mandarín, su incurable enfermedad de gota... Llena de argumentos, ávida de discusión, ella aducía con furia:

-Incluso en su más mínima manifestación, la vida es un bien supremo, ¡porque su encanto estriba en su principio mismo y no en la abundancia de sus manifestaciones!

Yo me revolvía contra aquella retórica pedante de pedagogo inflexible. Levantaba mucho la frente, y le gritaba con una arrogancia desesperada:

-¡Sí! ¡Lo maté! ¡Mejor! ¿Qué quieres? ¡Tu ampuloso nombre de conciencia no me asusta! No es más que una deformación de la sensibilidad nerviosa. ¡Puedo eliminarte con agua de azahar!

E inmediatamente sentía pasar por mi alma, con la lentitud de una brisa, un ruin rumor de murmullos irónicos:

-Bueno; entonces, come, duerme, báñate, ama...

Y eso hacía. Pero después las propias sábanas de hilo de mi cama adquirían ante mis ojos aterrados los tonos pálidos de una mortaja; el agua perfumada de mi baño se helaba sobre mi piel, con la sensación mortal de una sangre que se coagula, y los pechos desnudos de mis amantes me llenaban de tristeza como si fuesen lápidas de mármol que encierran un cuerpo muerto.

Después me sobrevino una amargura mayor: empecé a pensar que Ti Chin-Fu tendría, por supuesto, una gran familia, nietos, tiernos bisnietos, que, despojados de la herencia que yo devoraba en platos de Sevres, con un derroche de sultán libidinoso, sufrían en China todas las penurias de la miseria humana: los días sin arroz, el cuerpo sin abrigo, la limosna que no llega, el fango de las calles por casa.

Comprendí por qué me perseguía la figura obesa del viejo consejero, y de sus labios, debajo de los pelos blancos y largos de su bigote fantasmal, me pareció que salía ahora esta queja desolada: «¡No me lamento por mí, que ya estaba medio muerto; lloro por los tristes a los que arruinaste y que a estas horas, cuando tú vuelvas de los suaves senos de tus amantes, lloran de hambre, tiemblan de frío, hacinados, en un grupo sin aliento, entre leprosos y ladrones, sobre el puente de los Mendigos, junto a las terrazas del Templo del Cielo!»

¡Oh, qué ingenioso tormento! ¡Tormento verdaderamente chino! No podía llevarme a la boca un pedazo de pan sin que, de inmediato, imaginara la pandilla de niños hambrientos, los descendientes de Ti Chin-Fu, desprotegidos, como pajaritos recién nacidos que abren sin esperanza el pico y pían en el nido abandonado; si mi abrigo me daba calor, en seguida nacía la visión de unas señoras desdichadas que en otro tiempo habían disfrutado de la calidez de las comodidades chinas, hoy moradas de frío bajo los harapos de sus antiguas redes, en una mañana de nieve; el tejado de ébano de mi palacio me traía el recuerdo de la familia del Mandarín dormida junto a las acequias, en medio de perros, y mi coupé tan confortable me hacía temblar pensando en las caminatas interminables, sin rumbo ni destino, por caminos llenos de agua y barro, bajo un duro invierno asiático...

¡Qué sufrimiento! ¡Sobre todo cuando la envidiosa plebe venía a contemplar mi palacio, y murmuraba sobre las dichas inaccesibles existentes en él!

Por fin, viendo que mi Conciencia se retorcía dentro de mí como una víbora furiosa, decidí implorar el auxilio de Aquél que, según dicen, está por encima de la conciencia, porque es el señor de la Gracia.

Por desgracia, yo no creía en Él... Recurrí, pues, a mi antigua divinidad particular, a mi ídolo dilecto y madrina de mi familia, Nossa Senhora das Dores. Pagado magníficamente, un ejército de curas y canónigos, en las catedrales urbanas y en las capillas de las aldeas, pedía a Nossa Senhora das Dores que tendiera su mirada hacia mi mal interior... Pero ningún remedio para mi dolor recibí de los cielos inclementes, hacia donde hace miles de años se alzan en vano las miserias del hombre.

Entonces yo mismo me entregué a la práctica religiosa y Lisboa fue testigo de un espectáculo sin par: un ricachón, un nabab, postrado de rodillas al pie de los altares, balbuceaba con las manos entrelazadas trozos de la Salve, como si la oración y el reino de los cielos fuesen una conquista y no aquel ficticio consuelo controlado por los poderosos, para aplacar a quienes nada poseen... Soy un burgués y sé que mi clase ofrece paraísos lejanos y deleites indescriptibles para que los pobres no reparen en las riquezas

de que disfrutan y las propiedades que las sustentan.

Más tarde, y todavía más preocupado, encargué la celebración de miles de misas, sencillas y cantadas, en beneficio y placer del alma sin reposo de Ti Chin-Fu. ¡Ingenuo desvarío de un cerebro peninsular! El viejo Mandarín, en su condición de letrado, miembro de la Academia de los Has-Lin, colaborador casi seguro del gran tratado Khou-Tsu Ane-Chu, compuesto ya por setenta y ocho mil setecientos treinta volúmenes, era, sin duda, un seguidor de la doctrina y de la moral positiva de Confucio... Ni siquiera habría encendido jamás velas perfumadas en honor de Buda. ¡Y las ceremonias del sacrificio místico debían ser para su abominable alma de gramático y de escéptico como las pantomimas de los payasos en el teatro de Hong-Tung!

Entonces, prelados astutos, con experiencia católica, me dieron un consejo útil: captar la benevolencia de Nossa Senhora das Dores con donativos, flores, sedas y joyas, como si quisiera alcanzar los favores de Aspasia, como si fuera un banquero gordo que consigue los favores de una bailarina regalándole un cottage entre árboles. Por indicación sacerdotal, intenté ganarme el favor de la dulce Madre de los Hombres construyendo para ella una catedral de mármol blanco. El colorido de las flores creaba entre los pilares labrados perspectivas de paraíso; la cantidad de cirios hacía ver una magnificencia estelar... Derroches inútiles. El fino y erudito cardenal Nani vino desde Roma a consagrar el templo; pero cuando aquel día fui a honrar a mi Divina Huéspeda, por encima de las calvas de los oficiantes, entre el místico humo del incienso, no pude ver a la Reina de la Gracia, rubia, con su túnica azul, sino al viejo Mandarín, con

sus ojos oblicuos y su cometa entre los brazos... Era a él, a su blanco bigote tártaro, a su panza color de pato, a quien los celebrantes, cubiertos de oro, ofrendaban, entre los sonidos del órgano, la eternidad de las alabanzas...

***

Entonces pensé que Lisboa, el medio apático en que me movía, favorecía el desarrollo de aquellas obsesiones; partí, viajé sobriamente, sin pompa, con sólo un baúl y un criado.

Visité, siguiendo el orden clásico, París, la trivial Suiza, Londres, los tristes lagos de Escocia; levanté mi tienda frente a las sagradas murallas de Jerusalén, y desde Alejandría hasta Tebas recorrí el extenso Egipto, monumental y triste como el corredor de un mausoleo. Conocí el mareo en los vapores, la monotonía en las ruinas, la melancolía en las multitudes desconocidas, de las desilusiones en los bulevares parisienses, y mi mal interior fue creciendo.

Ahora ya no sentía sólo la culpa de haber despojado a una familia respetable; me invadía el remordimiento mucho mayor de haber privado a toda una sociedad de un personaje fundamental, de un letrado experto, columna del Orden, pilar de las instituciones. No se puede privar a un Estado de una personalidad que vale ciento seis mil millones sin alterar su equilibrio... Esta idea me torturaba cruelmente. Quise saber si la desaparición

de Ti Chin-Fu había sido una auténtica desgracia para la decrépita China. Leí todos los periódicos de Hong-Kong y de Shanghai, pasé muchas noches en vela leyendo historias de viajes, consulté a sabios misioneros, y todo, artículos, hombres, libros, me hablaba de la decadencia del Imperio de Oriente: provincias en ruinas, ciudades

agonizantes, hambre, pestes y rebeliones, templos derruidos, leyes ineficaces, ¡la descomposición de un mundo, como una nave encallada que las olas deshacen tabla a tabla!...

¡Me hice responsable de aquellas desgracias de la sociedad china! En mi espíritu afligido, Ti ChinFu se irguió entonces con la talla desmedida de un César, de un Moisés, de uno de esos personajes providenciales que constituyen la fuerza de una raza. Yo lo había matado. ¡Y con él desaparecía la vitalidad de su patria! Su gran inteligencia tal vez podría haber salvado, con decisiones excepcionales, aquella vieja monarquía asiática. ¡Y yo había anulado su acción creadora! ¡Su fortuna pudo contribuir a aumentar los fondos del erario público, y yo estaba derrochándola, ofreciendo melocotones en enero a las prostitutas de lujo de Helder!... Amigos, ¡conocí el remordimiento sin límites de haber arruinado un Imperio!

Para olvidar aquella complicada tortura me entregué a las orgías. Me instalé en un palacete de la Avenue des Champs Elysées, y fue terrible. Mis fiestas llevaban el sello de Trimalción, en la cima de la furia libertina, cuando los metales de la orquesta, entre estridencias despiadadas, atacaban un cancán; cuando las cortesanas de pecho al aire e

independencia total berreaban sus canciones desvergonzadas; cuando mis huéspedes, ateos de bar, renegaban de Dios entre brindis de champaña, yo poseído del mismo frenesí bestial de Heliogábalo y de un odio sin fronteras hacia lo racional y lo consciente, me ponía a cuatro patas y soltaba, como un burro, un rebuzno espectacular...

Después quise hundirme más todavía, sumergirme en la vulgaridad plebeya, probar el alcohol torpe de "L'assommoir" ¡Y cuántas veces, vestido con una blusa, con la gorra echada hacia atrás, del brazo con la "A Mes-Bottes" o "Bibi la Gaillarde", entre un grupo de borrachos, fui tambaleándome por los bulevares exteriores, vociferando en medio de hipos:

*Allons, enfants de la patrieee-e-e!...*
*Le jour de glorie est arrivé...*

Pero una mañana, después de una de aquellas bacanales, a la hora en que de entre las tinieblas del alma libertina asoma un vago albor espiritual, se apoderó de mí, de repente, la idea de partir hacia China. Y como los soldados que en un campamento dormido, a la llamada del clarín, se levantan y uno a uno se van juntando y formando columnas, así otras ideas se fueron agrupando en mi espíritu, alineándose hasta completar un plan magnífico... Viajaría a Pekín; encontraría a la familia de Ti Chin-Fu; si me casaba con una de aquellas damas, legitimaría la posesión de mis millones; devolvería a esa estirpe distinguida su antigua prosperidad; celebraría magníficos funerales por el Mandarín, para devolver la paz a su irritado espíritu; recorrería las provincias miserables para hacer repartos generosos de arroz; así obtendría -algo muy fácil para un bachiller-, de manos del emperador, el Botón de Cristal de Mandarín. De este modo, suplantaría al difunto Ti Chin-Fu, devolvería legalmente a su tierra si no su sabiduría, al menos el poder de su oro.

Algunas veces creía que todo eso no era más que un plan indefinido, confuso, infantil e idealista.

Pero ya el deseo de esta gesta singular se había apoderado de mí, arrastrándome como si fuera una hoja seca movida por el viento.

¡Ansiaba, suspiraba por pisar tierra china! Tras largos preparativos, sufragados con

montones de oro, una noche partí con rumbo a Marsella. Había alquilado un barco, el "Ceilán". Al día siguiente, en un mar de turquesas, bajo los trazos blancos de las gaviotas, cuando los primeros rayos de sol coloreaban las torres de Notre-Dame de la Garde, asentada en un sombrío acantilado, levé anclas, rumbo a Oriente.

# IV

El viaje del "Ceilán" hasta Shanghai resultó tranquilo y monótono.

Desde allí remontamos el río Azul hasta TienTsin en un pequeño steamer de la Compañía Russel. Yo no iba a visitar China con la curiosidad ociosa del turista. Todo el paisaje de aquella provincia, similar al de los jarrones de porcelana, de un tono azul y vaporoso, con pequeñas colinas peladas y, de vez en cuando, un arbusto frondoso, me dejó sombríamente indiferente.

Cuando el capitán del vapor, un yanqui descarado con cara de chivo, al pasar por Nankín, me propuso visitar las ruinas monumentales de la vieja ciudad de la porcelana, me negué con un movimiento seco de cabeza, sin apartar siquiera mis tristes ojos de la corriente cenagosa del río.

¡Qué largos y lúgubres me resultaron los días de navegación desde Tien-Tsin a Tung-Chu, en barcos chatos, nauseabundos por el olor de los remeros chinos! Unas veces atravesábamos las tierras bajas, inundadas por las aguas del Pei-Ho; otras, avanzábamos a lo largo de descoloridos arrozales interminables; aquí se alzaba una triste aldea de barro negro, allá veíamos un campo cubierto de ataúdes amarillos; a cada momento nos encontrábamos cadáveres de mendigos, hinchados y verdosos arrastrados por la corriente bajo un cielo amenazante.

En Tung-Chu me sorprendió encontrarme con una escolta de cosacos que enviaba a mi encuentro el viejo general Camillo, héroe de las campañas del Asia Central y por entonces embajador de Rusia en Pekín. Las noticias que tenían sobre mí me describían como un ser precioso y raro, y el locuaz intérprete Sa-To, que el general ponía a mi servicio, me explicó que las cartas con sello imperial que daban noticias de mi llegada habían llegado, hacía ya semanas, a través de correos de la Cancillería que atraviesan Siberia en trineo; bajan a lomos de camellos hacia la Gran Muralla tártara y entregan allí la valija a mensajeros mongoles, vestidos de cuero rojo, que galopan día y noche hacia Pekín.

Camillo me mandaba un poney manchuriano, enjaezado en seda, y una tarjeta de visita con un saludo escrito a lápiz debajo de su nombre: «¡Salud! ¡El animal es dócil al bocado!».

Cuando monté el poney, los cosacos me animaron gritando y agitando sus lanzas; de inmediato partimos al galope por la llanura polvorienta; la tarde ya caía y las puertas de Pekín se cierran tan pronto como el último rayo de sol se pone tras las torres del Templo del Cielo. Al principio seguimos una carretera, un camino trazado por el tránsito de las caravanas, salpicada por enormes losas de mármol, arrancadas de la antigua Vía Imperial. Después atravesamos el puente de Pa Li-Kao, todo de mármol blanco, con majestuosos dragones a cada lado. Galopamos entonces por la orilla de negruzcos canales. Empezamos a ver frutales; aquí y allá, una aldea de color azulado, abrigada junto a una

pagoda. De pronto, en una vuelta del sendero, me detuve estupefacto...

Pekín estaba ante mí: una enorme muralla, monumental y bárbara, de un negro mate, que se extendía hasta donde se pierde la vista, inconfundible por las arquitecturas babilónicas de sus puertas de techos curvos, dibujada sobre el fondo del sol poniente de púrpura ensangrentada.

Allá lejos, hacia el norte, entre vapores rojizos, como suspendidas en el aire, se diluían las montañas de Mongolia...

Una lujosa litera me esperaba ante la puerta de Tug Tsen-Men, para que yo atravesara Pekín hasta la residencia militar de Camillov. De cerca, la muralla parecía tocar el cielo con el horror de una construcción bíblica; en su base, apiñada, una profusión de casetas de feria, exóticas, donde se agitaba una muchedumbre, y la luz de los faroles oscilantes teñía ya el crepúsculo de confusas manchas de color de sangre; los toldos blancos parecían una bandada de mariposas al contraste con el muro negro.

Me invadió la tristeza; subí a la litera, corrí las cortinas de seda roja, repletas de bordados de oro, y con la escolta de los cosacos me encontré entrando en el viejo Pekín, por aquella puerta babilónica, con la multitud ruidosa, entre carromatos, palanquines de paja, caballeros mongoles armados con flechas, bonzos de túnica blanquecina que avanzan de uno en uno y largas hileras de dromedarios que llevan su carga lenta y monótonamente.

Al rato la litera se detuvo. El intérprete Sa-To descorrió las cortinas y me vi en un jardín sombrío y silencioso, donde, entre sicómoros centenarios, brillaban los quioscos iluminados con una luz suave, como colosales faroles colocados sobre el césped, y chorros y aguas corrientes murmuraban en la sombra. Debajo de un peristilo hecho con vigas pintadas de rojo, iluminado por hileras de farolillos de papel transparente, me esperaba una figura robusta de bigotes blancos, apoyada en un sable. Era el general Camillov. Al avanzar hacia él oí las furtivas pisadas de las gacelas que huían, bajo los árboles...

El viejo héroe me abrazó un instante contra su pecho, y luego, conforme a las costumbres chinas, me condujo en seguida al baño de hospitalidad, una amplia bañera de porcelana, donde junto a finas rodajas de limón, flotaban esponjas blancas, entre el aroma penetrante de las lilas...

Poco después la luna bañaba con sus delicias los jardines, y yo, muy fresco, con corbata blanca, entraba del brazo de Camillov en el boudoir de la generala. Era una mujer alta y rubia; tenía los ojos verdes como las sirenas homéricas; en el amplio escote de su vestido de seda blanca se abría una rosa roja, y sus dedos, cuando los besé, despedían un aroma fino de sándalo y té.

Charlamos largamente sobre Europa, sobre el nihilismo, sobre Zola, sobre León XIII y sobre la delgadez de Sara Bernhardt...

Por la galería abierta entraba una brisa cálida que olía a heliotropo. Después la mujer del general se sentó al piano y hasta tarde su voz de contralto rompió los silencios tristes de la ciudad tártara con las pícaras arias de Madame Favart y las dulces melodías del Rey de Labore.

***

Al día siguiente, a solas con el general en uno de los quioscos del jardín, le conté mi

penosa crónica y los extraños motivos que me habían llevado a Pekín. El héroe escuchaba, atusándose sombríamente su espeso bigote cosaco...

-¿Habla mi preciado huésped chino? -me preguntó de repente, clavando en mí sus ojos incisivos.

-Sé dos palabras importantes, mi general: "mandarín" y "té".

Se pasó la mano, de fuertes tendones, sobre la horrible cicatriz que le surcaba la calva:

-"Mandarín", amigo mío, no es una palabra china, y nadie la entiende en China. Es el nombre que en el siglo XVI los marinos de su país, de su bello país...

-Cuando teníamos marinos... -murmuré, con un suspiro.

Camillov suspiró también por cortesía, y continuó:

-... Que sus marinos dieron a los funcionarios chinos. Viene de un verbo suyo, de su lindo verbo...

-Cuando teníamos verbos... -musité, por esa costumbre instintiva de denigrar a la patria.

Camillov abrió un momento sus ojos redondos de mochuelo viejo y continuó con paciencia y gravedad:

-De su lindo verbo "mandar"... Por tanto, le queda "té". Es una palabra que tiene un papel importante en la vida china, pero la considero insuficiente para servir en todos los compromisos sociales. Mi estimado huésped piensa en casarse con una señora de la familia Ti Chin-Fu, continuar la gran influencia que poseía el Mandarín, sustituir, en el ámbito familiar y social, a ese llorado anciano... Para todo esto dispone de la palabra "té". Es poco.

No pude negar que era poco. El respetable ruso, arrugando su nariz curva de halcón, me hizo otras objeciones que dificultaban mis propósitos como las mismas murallas de Pekín; ninguna señora de la familia Ti Chin-Fu aceptaría nunca casarse con un bárbaro, y sería imposible además que el emperador, el Hijo del Sol, concediera a un extranjero los títulos y privilegios de un mandarín...

-Pero ¿por qué va a negármelos? -exclamé-. Desciendo de una buena familia de la provincia del Minho. Soy bachiller titulado. Es decir, que, tanto en China como en Coimbra, ¡soy un letrado! He trabajado en la Administración Pública... Poseo millones... Tengo experiencia administrativa...

El general se inclinaba con respeto ante tal abundancia de méritos y antecedentes.

-No -dijo al fin-, el emperador, realmente, no se los negará. Lo que pasa es que la persona que se lo propusiese sería inmediatamente decapitada. En este punto, la ley china es explícita y contundente.

Bajé la cabeza, abrumado.

-Pero, general -murmuré-, ¡yo tengo que librarme de la imagen acusadora del viejo Ti ChinFu y de su cometa!... ¿Y si yo donara la mitad de mis millones al Tesoro chino, puesto que personalmente, como mandarín, no tengo posibilidad de administrarlos en beneficio del Estado?... Tal vez Ti Chin-Fu se calmaría...

El general me puso paternalmente su gran mano sobre el hombro.

-¡Error, considerable error, joven! Esos millones jamás llegarían al Tesoro imperial. Se quedarían en las arcas sin fondo de las clases dirigentes: serían dilapidados en plantar jardines, en colecciones de porcelanas, en tapizar de pieles los suelos, o en sedas para las concubinas. No aliviarían el hambre de ningún chino ni repararían una sola piedra de los

caminos públicos... Irían a enriquecer la orgía asiática. El alma de Ti Chin-Fu debe conocer bien el Imperio, y eso no le gustaría.

-¿Y si yo empleara una parte de la fortuna del viejo, a título particular, como filántropo, para organizar grandes repartos de arroz al pueblo hambriento? Es una idea...

-Funesta -dijo el general, frunciendo terriblemente el ceño-. La Corte imperial vería en ello rápidamente el germen de una ambición política, el torcido proyecto de ganarse los favores de la plebe, un peligro para la Dinastía... Y mi buen amigo sería decapitado... Funesta...

-¡Maldición! -grité-. Entonces, ¿para qué he venido a China?

El diplomático se encogió de hombros; pero después, dejando ver con una sonrisa astuta sus dientes amarillos de cosaco, dijo:

-Haga una cosa. Busque a la familia de Ti Chin-Fu... Voy a preguntar al primer ministro, su Excelencia el Príncipe Tong, por dónde está esa prole interesante... Véase con ellos, déles una o dos docenas de millones... Después organice para el difunto unos regios funerales, de ceremonial superior, con un cortejo de una legua, hileras de bonzos, todo un mundo de estandartes, palanquines, lanzas, plumas, andas de color escarlata, legiones de plañideras sollozando siniestramente, etcétera, etcétera. Y si después de todo esto su conciencia no encuentra paz y el fantasma regresa...

-¿Entonces?

-Córtese el cuello.

-Muchas gracias, general.

***

En una cosa coincidieron Camillov, el respetuoso Sa-To y la generala; era evidente que para frecuentar a la familia Ti Chin-Fu, para asistir a los funerales, para participar en la vida de Pekín, desde aquel momento debía vestirme como un ricachón chino miembro de la clase letrada, e ir acostumbrándome al traje, a las formas, al ceremonial mandarín...

El color amarillento de mi cara y mi largo bigote caído favorecían la caracterización. Y a la mañana siguiente, después de ser ataviado por los ingeniosos sastres de la calle Cha-Cua, cuando entré en el salón, tapizado de seda escarlata, donde ya brillaban las porcelanas de laca negra para la comida, la generala se sobresaltó al verme, como ante la visión del propio Tong-Che, el Hijo del Cielo. Me había vestido con una túnica de brocado azul oscuro, abotonada a un lado, con ricos bordados de dragones y flores de oro en la pechera; encima, una casaca corta de seda de un azul más claro, amplia y suelta; los pantalones, de raso color avellana, dejaban ver unas lujosas babuchas amarillas bordeadas de perlas y parte de la media sembrada de estrellitas negras; en la cintura, en una faja de plata, llevaba prendido un abanico de bambú, de los que tienen el retrato del filósofo Lao-Tsé y se fabrican en Swa-Ton.

Gracias a la extraña relación que se produce entre la vestimenta y el carácter, sentía ya, en mis ideas, elementos chinos: el amor a las ceremonias minuciosas, el respeto burocrático por los formulismos, una dosis de escepticismo letrado, y también un abyecto terror al emperador, el odio a lo extranjero, el culto a los antepasados, el fanatismo por la tradición, el gusto por los dulces...

En cuerpo y alma era ya completamente un mandarín. No saludé a la generala:

Bonjour, madame. Doblado por la mitad, haciendo girar los puños cerrados sobre la frente inclinada, hice gravemente el ¡cin-chin!

-¡Es adorable, está precioso! -decía Madame, con su encantadora risa, aplaudiendo con sus pálidas manitas.

Aquella mañana, para celebrar mi nueva encarnación, hubo un desayuno chino. ¡Qué elegantes servilletas de seda escarlata, con monstruos mitológicos dibujados en negro! El servicio se abrió con ostras de Ning-Po. ¡Exquisitas! Comí dos docenas con un verdadero placer chino. Luego vinieron deliciosas hebras de aleta de tiburón, ojos de carnero con picadillo de ajo, un plato de nenúfares en almíbar, naranjas de Cantón y, por último, el arroz sacramental, el arroz de los Antepasados...

¡Delicado banquete, generosamente regado con excelente vino de Chao-Chigne! ¡Y, por fin, con qué placer recibí mi taza de agua hirviendo, en la que eché una pizca de hojas de té imperial, de la primera cosecha de marzo, esa cosecha única que se celebra como un rito sagrado, oficiado por las manos puras de vírgenes!...

Mientras fumábamos entraron dos cantantes que durante largo rato entonaron canciones antiguas, de los tiempos de la dinastía Ming, al son de guitarras recubiertas de piel de serpiente, que dos tártaros agachados rasgueaban con una cadencia melancólica y extraña. China es tierra de raros encantos...

Después, la rubia generala nos cantó, entre bromas, la Femme á Barbe. Cuando el general salió con su escolta cosaca hacia el yamen del Príncipe Tong, para informarse sobre la residencia de la familia Ti Chin-Fu, a mi vez, bien comido y en buena disposición, yo salí con Sa-To a ver Pekín.

Camillov vivía en la ciudad tártara, en barrios militares y nobles. Allí reinaba una tranquilidad austera. Las calles parecían anchos caminos de aldea, con los surcos de las ruedas de los carros, y casi siempre caminábamos a lo largo de un muro, coronado por ramas horizontales de sicómoros.

A veces, al trote de un poney mogol, pasaba un carro veloz con altas ruedas aseguradas por clavos dorados; todo en él temblaba: el toldo, las cortinas colgantes de seda, los adornos de plumas en los extremos, y dentro se entreveía alguna linda dama china, cubierta de costosos brocados, con la cabeza adornada de flores, haciendo girar en su muñeca dos aros de plata con un aire de tedio ceremonioso. Seguía una silla de manos de mandarín, que unos coolies vestidos de azul, con la coleta al aire, van llevando al trote, jadeando, hacia los yamens del Estado; los precedía una servidumbre andrajosa, que exhibía rollos de seda con inscripciones bordadas, insignias de autoridad, y dentro, un personaje panzón que, con unos enormes lentes redondos, ojeaba sus papeles o dormitaba con la boca entreabierta.

A cada paso nos deteníamos a mirar las lujosas tiendas, con sus letreros verticales, de inscripciones doradas sobre fondo escarlata. Los clientes, en un silencio sepulcral, leves como sombras, van examinando las preciosidades, porcelanas de la dinastía Ming, bronces, esmaltes, marfiles, sedas, armas taraceadas, los maravillosos abanicos de Swa-Ton; a veces, una bella muchacha de ojos rasgados, túnica azul y amapolas de papel en las trenzas, desdobla una pieza de raro brocado ante un obeso chino, que lo contempla religiosamente, con los dedos cruzados sobre el vientre; al fondo, el comerciante presuntuoso e inmóvil escribe con un pincel sobre largas tablillas de sándalo. Un perfume dulzón surge de las cosas, llenándolo todo de melancolía...

¡Ahí está la muralla que rodea la ciudad prohibida, vivienda sagrada del emperador!

Unos jóvenes nobles van descendiendo de la terraza de un templo donde han estado practicando con arcos y flechas. Sa-To me dijo sus nombres: eran guardias de honor que en las ceremonias oficiales escoltan el quitasol de seda amarilla, con el dragón bordado, emblema sagrado del emperador. Todos ellos saludaron con profundas reverencias a un viejo de barbas venerables que iba paseando con la casaca amarilla, símbolo de su privilegio de anciano; venía hablando solo y llevaba en la mano una vara, sobre la que se posaban alondras amaestradas... Era un príncipe del Imperio.

¡Extraños barrios! Pero nada me divirtió tanto como ver a cada momento, ante la puerta del jardín, dos mandarines panzudos, que, para entrar, cambiaban interminablemente reverencias, cortesías, excusas, risitas corteses y agudas, todo un rígido ceremonial que hacía oscilar graciosamente, sobre sus espaldas, las largas plumas de pavo real. Después, si alzaba los ojos hacia el cielo, veía siempre cometas de papel, unas con forma de dragones, otras de cetáceos, de aves fabulosas, balanceándose y llenando el aire con una fantástica ¡ legión de monstruos transparentes y ondulantes...

***

-¡Sa-To, ya basta de ciudad tártara! Vamos a ver los barrios chinos...

Y fuimos penetrando en la ciudad china por la grandiosa puerta de Chin-Men. Allí vive la burguesía, los mercaderes, el populacho. Las calles se alinean como papel pautado, y en el suelo, viejo y enfangado, formado por las basuras de las generaciones, pisoteadas desde hace siglos, quedan, aquí y allá, todavía las losas de color de rosa que lo cubrían en otra época, en tiempo de la dinastía de los Ming.

A los dos lados hay solares donde aúllan jaurías de perros hambrientos, o hileras de casuchas negruzcas, o tiendas míseras con sus letreros finos y abigarrados, balanceándose en una barra de hierro. A lo lejos se yerguen los arcos triunfales construidos con barrotes color púrpura, unidos para sujetar un tejado oblongo de tejas azules barnizadas que brillan como esmaltes. Una multitud ruidosa y densa, en la que dominan los tonos pardo y azulado de los trajes, está continuamente caminando; el polvo lo envuelve todo en una niebla amarillenta; un olor acre se desprende de los arroyos negros, y a cada momento una larga caravana de camellos al mando de sombríos mongoles vestidos con piel de carnero divide con lentitud a toda la multitud.

Fuimos hasta la entrada de los puentes sobre los canales, donde unos acróbatas semidesnudos, que llevaban unas máscaras de demonios pavorosos, realizaban habilidades cómicas, bárbaras y sutiles; estuve largo tiempo admirando a los astrólogos de largas túnicas, con dragones de papel pegados a la espalda, que vendían a gritos horóscopos y consultas astrales. ¡Oh ciudad fabulosa y única!

De repente se oyó un griterío. Corrimos; una cuerda de presos, a los que un soldado de grandes anteojos iba empujando con el quitasol, marchaba, amarrados los hombres unos a otros por la coleta. Allí, en aquella avenida, vi el llamativo cortejo del funeral de un mandarín, ornado de oriflamas y de banderolas; grupos de ropajes fúnebres iban quemando papeles en braseros portátiles; unas mujeres harapientas aullaban de dolor, revolcándose sobre alfombras; después se levantaban, mendigaban, y un cooli vestido de luto blanco las servía el té de una gran tetera en forma de ave.

Al pasar junto al Templo del Cielo vi apiñada en una explanada una legión de mendigos; por todo ropaje llevaban un ladrillo atado a la cintura por una cuerda. Las

mujeres, con los cabellos sembrados de viejas flores de papel, roían huesos tranquilamente, y a su lado se pudrían cadáveres de niños, bajo el vuelo de moscones. Más adelante encontramos una jaula de bambú, donde un condenado extendía, entre los barrotes, las manos descarnadas pidiendo limosna... Después Sa-To me mostró respetuosamente una plazuela: allí, sobre unos pilares de piedra, reposaban unas pequeñas jaulas que contenían cabezas de decapitados, de los que caía, gota a gota, una sangre negra y espesa.

***

-¡Uf! -exclamé, cansado y aturdido-. Sa-To, ahora quiero reposo, silencio y un puro caro...

El intérprete se inclinó, y por una escalinata de granito me llevó a lo alto de las murallas de la ciudad, por donde pueden marchar al mismo tiempo, durante muchas leguas cuatro carros de guerra.

Y mientras Sa-To, sentado en el hueco de una almena, bostezaba, con el desencanto del cicerone aburrido, yo, fumando, contemplé largo rato a mis pies la vasta Pekín...

Es como una formidable ciudad bíblica, Babel o Nínive, aquélla que el profeta Jonás tardó tres días en cruzar. La grandiosa muralla cuadrada limita los cuatro puntos del horizonte, con las ya descritas puertas de torres monumentales, que en el aire azul y a aquella distancia parecen transparentes. Y en la inmensidad de su recinto se aglomeran confusos verdores de bosques, lagos artificiales, canales que brillan como acero, puentes de mármol, terrenos cubiertos de ruinas, tejados cuyo barniz reluce al sol; por todas partes hay pagodas heráldicas, blancas terrazas de templos, arcos triunfales, millares de quioscos asomando entre los follajes de los jardines, y luego espacios que parecen montículos de porcelanas, y otros similares a montones de fango y, a intervalos regulares, la mirada siempre encuentra alguno de los baluartes, de un aspecto heroico, épico...

Junto a esas edificaciones grandiosas, la multitud no es más que granos de arroz, arrastrados por un viento leve...

¡Allí está el palacio imperial, fastuoso, entre misteriosas arboledas, con sus tejados de un amarillo . de oro puro! ¡Cuánto deseaba penetrar sus secretos y ver en las galerías superpuestas la magnificencia bárbara de aquellas dinastías seculares!

Más allá se levanta la torre del Templo del Cielo, hecha a imagen de tres quitasoles superpuestos; después, la gran Columna de los Principios, hierática e impasible como el genio mismo de la raza; delante blanquean, en una penumbra sobrenatural, las terrazas de jaspe del Santuario de la Purificación...

Entonces pregunté a Sa-To. Y su dedo respetuoso me fue mostrando el Templo de los Antepasados, el Palacio de la Soberana Concordia, el Pabellón de las Flores de las Letras, el quiosco de los Historiadores, cuyos tejados brillan, con sus azulejos azules, verdes, escarlatas y amarillos entre los bosques sagrados que los circundan. Yo devoraba con avidez aquellos monumentos de la antigüedad asiática, con la curiosidad de conocer las impenetrables gentes que los habitan, el origen de las instituciones, el significado de los cultos, el espíritu de sus letras, su gramática, su dogma, la extraña vida interior del cerebro de un letrado chino... Pero aquel mundo era inviolable como un santuario...

Me senté en la muralla y mis ojos vagaron por la planicie arenosa que se extiende más allá de las puertas hasta los contrafuertes de las montañas mongoles; allí

remolineaban sin cesar oleadas infinitas de polvo; a todas horas negreaban filas indefinidas de caravanas... Entonces me invadió el alma una melancolía que el silencio de aquellas alturas, al apoderarse de Pekín, daba una vaguedad más desoladora; era como una nostalgia de mí mismo, un pesar lento de sentirme allí solo, absorbido por aquel mundo duro y bárbaro; con lágrimas en los ojos recordé mi aldea del Minho, de los robles del atrio, de la iglesia, del mesón con una rama de laurel en la puerta, del cobertizo del herrero y de los riachuelos tan frescos cuando verdea el lino.

Era la época en que las palomas emigran de Pekín hacia el sur. Se reunían en bandadas por encima de mí, saliendo de los bosques de los templos y de los pabellones imperiales; cada una llevaba, para defenderse de los halcones, un pequeño tubo de bambú, que el aire hace silbar, y aquellas nubes blancas pasaban empujadas por una suave brisa, dejando en el silencio un lento y melancólico suspiro, una ondulación eólica que se perdía en la claridad del cielo...

Volví a casa abrumado y pensativo... En la comida, Camillov, mientras desplegaba su servilleta, me preguntó amablemente mis impresiones de Pekín.

-Pekín, mi general, me ayuda a comprender los versos de uno de nuestros poetas:

*Sobre los ríos que cruzan por Babilonia, me hallé...*

-¡Pekín es un monstruo! -dijo Camillov, moviendo pensativo la cabeza-. Y ahora considere que, en esta capital, la clase tártara y conquistadora que la domina es obedecida por trescientos millones de hombres, una raza sutil, trabajadora, sufrida, prolífica, invasora... ¿Una copa de Médoc, Teodoro...? ¡Tiene una marina formidable! ¡El ejército, que en otro tiempo quería vencer al extranjero con dragones de papel, de los que salían lenguas de fuego, tiene ahora una táctica prusiana y fusiles! ¡Peligroso!

-Y en mi país, general, cuando a propósito de Macao se habla del Celeste Imperio, los patriotas se alisan el pelo y dicen con indolencia: «Mandamos allí cincuenta hombres y barremos toda China ...

Ante tal estupidez se produjo un silencio. Y el general, después de toser, murmuró, condescendientemente:

-Portugal es un hermoso país...

Yo exclamé, con sequedad y energía: -Es un asco, mi general...

La generala, colocando delicadamente en el borde del plato un ala de pollo y limpiándose el dedito, dijo:

-Es el país de la canción de Mignon. Allí donde florece el naranjo...

El gordo Meriskov, doctor alemán por la Universidad de Bonn, canciller de la Legación, hombre de poesía y erudito, intervino con respeto:

-Generala, el dulce país de Mignon es Italia: ¿Conoces tú la tierra privilegiada, donde el naranjo da flor? El divino Goethe se refería a Italia, Italia Mater... ¡Italia será el eterno amor de la Humanidad sensible!

-Yo prefiero Francia -suspiró la esposa del primer secretario, una muñequita pecosa, de pelo rubio.

-¡Ah, Francia!... -murmuró un agregado, revolviendo los ojos enternecidos.

El gordo Meriskov se encajó los lentes de oro: -Francia tiene un defecto: el problema social... -¡Oh, la cuestión social! -subrayó Camillov. -¡Ah, la cuestión social!... -recalcó el agregado.

Y hablando con tanta sensatez, llegamos, por fin, al café.

Al bajar al jardín, la generala se apoyó tiernamente en mi brazo, para susurrar junto a mi rostro:

-¡Ay, quién pudiera vivir en esos países apasionados, donde dan flor los naranjos!...

-Allí se sabe amar, generala -le musité en secreto, llevándola suavemente hacia la sombra de los sicómoros...

# V

¡Todo un largo verano me llevó descubrir la provincia donde residía el difunto Ti Chin-Fu!

¡Qué episodio administrativo tan pintoresco, tan chino! El servicial Camillov, que se pasaba el día entero recorriendo los yamens del Estado, tuvo que demostrar primero que el deseo de conocer la morada de un viejo mandarín no escondía ninguna conspiración contra la seguridad del Imperio, y después todavía tuvo que jurar que no había en aquella curiosidad 'ninguna violación de los ritos sagrados. Entonces, satisfecho, el Príncipe Tong permitió que se llevara a cabo una investigación oficial: centenares de escribanos palidecieron día y noche, pincel en mano, haciendo informes sobre papel de arroz; conferencias misteriosas se celebraron sin cesar en todas las dependencias de la ciudad imperial, desde el Tribunal Astronómico hasta el Palacio de la Bondad Preferida, y un enjambre de coolies transportó desde la Legación rusa hasta los quioscos de la Ciudad Prohibida, y de allí hasta el Patio de los Archivos parihuelas que crujían bajo el peso de pilas de documentos viejos...

Cuando Camillov se interesaba por el resultado, le daban la satisfactoria respuesta de que se estaban consultando los Libros Sagrados de Lao-Tsé o que se iban a examinar viejos textos del tiempo de Nor Ha-Chu. Y para calmar la impaciencia bélica del ruso, el Príncipe Tong remitía, junto con aquellos recados hábiles, algún presente regio: confites rellenos o brotes de bambú en almíbar...

***

Pero, mientras el general trabajaba con ardor para encontrar a la familia Ti Chin-Fu, yo iba tejiendo horas de seda y oro (como dice un poeta japonés) a los diminutos pies de la generala...

Había un quiosco en el jardín bajo los sicómoros que, a la manera china, tenía el nombre de Reposo Discreto. A su lado, un arroyo fresco fluía cantando melodioso, bajo un puentecito rústico pintado de color rosa. Las paredes eran apenas un lienzo de bambú fino, forrado de seda amarillenta; el sol, pasando a través de ellas, creaba una luz sobrenatural de ópalo difuso. En el centro había un mullido diván de seda blanca, poético como una nube matutina, atrayente como un lecho nupcial. En los rincones, en ricos jarrones transparentes de la época Yeng, se alzaban, con su porte aristocrático, unos lirios rojos del Japón. Todo el suelo estaba cubierto de finas esterillas de Nankín, y junto a la ventana, velada por una celosía, sobre un elegante pedestal de sándalo, descansaba

abierto un abanico hecho de láminas de cristal separadas, que al impulso de la brisa exterior vibraban con una cadencia melancólica y tierna.

Las mañanas de final de agosto en Pekín son muy suaves. Ya flota en el aire una suavidad de otoño. A esa hora, el consejero Meriskov y los oficiales de la Legación estaban siempre en la Cancillería, despachando la valija para San Petersburgo.

Entonces, con el abanico en la mano, pisando cuidadosamente con la punta de las babuchas de raso los senderos abiertos del jardín, iba a llamar a la puerta del Reposo Discreto:

-¿Mimí?

Y la voz de la generala respondía, suave como un beso:

-All right!...

¡Qué bella estaba con sus vestidos de dama china! En sus cabellos recogidos relucían flores de melocotonero y las cejas parecían más puras y negras avivadas con la tinta de Nankín. La blusa de gasa, bordada en soutache de filigrana de oro, cubría sus senos pequeñitos y erguidos; unos amplios y flojos pantalones de foulard color muslo de ninfa, que le daban una gracia de harén, caían sobre sus finos tobillos, cubiertos por unas medias de seda amarilla; en su chinelita apenas cabían tres dedos de mi mano...

Se llamaba Vladimira, había nacido junto a Nijni-Novgorod y fue educada por una vieja tía que admiraba a Rousseau, leía a Faublas, llevaba el pelo empolvado y parecía la litografía cosaca de una dama galante de Versalles...

El sueño de Vladimira era vivir en París, y, mientras hacía hervir con delicadeza las hojas de té, quería oír historias picantes de cocottes y me confesaba su admiración por Dumas hijo...

Yo recogía la larga manga de su túnica de seda color hoja seca y deslizaba mis labios ardientes por la piel fresca de sus bellos brazos, y luego, sobre el diván, abrazados, pecho contra pecho, en un éxtasis mudo, oíamos el canto eólico de las láminas de cristal, el revoloteo de los alcaudones azules entre los plátanos y el ritmo fugaz del arroyo corriente...

Nuestros ojos brillantes tropezaban a veces con un cuadro de raso negro, situado encima del diván, donde en caracteres chinos se desenrollaban sentencias del Libro Sagrado de Li-Num «sobre los deberes de las esposas». Pero ninguno de los dos sabíamos chino... Y en el silencio, continuábamos nuestros besos espaciados, que sonaban dulcemente y comparables (en la florida lengua de aquel país) a perlas que caen una a una sobre una bandeja de plata... ¡Oh suaves siestas de los jardines de Pekín! ¿Dónde están? ¿Dónde están, hojas secas de los lirios rojos del Japón?

***

Una mañana, en la Cancillería, yo fumaba la pipa de la amistad con Meriskov, cuando entró Camillov, lanzó su enorme sable sobre un canapé y nos contó alegre las noticias que le había dado el sagaz Príncipe Tong.

¡Se había descubierto por fin que un opulento Mandarín, llamado Ti Chin-Fu, vivió en otro tiempo en las fronteras de Mongolia, en la ciudad de Tien-Ho! Había muerto de repente y su larga descendencia residía allí, en la miseria, en una choza vil...

Aquel descubrimiento, por cierto, no se debió a la eficacia del aparato burocrático imperial, sino que lo hizo un astrólogo del Templo de Faqua, que durante veinte noches

consultó en el cielo el luminoso archivo de los astros...

-¡Teodoro, tiene que ser su hombre! -exclamó Camillov.-Y Meriskov repitió, sacudiendo la ceniza de su pipa:

-¡Tiene que ser su hombre, Teodoro!

-¡Mi hombre!... -murmuré sombríamente.

Tal vez fuera mi hombre, ¡sí! Pero no me seducía ir a buscar a mi hombreo a su familia en la monotonía de una caravana, ¡por aquellos desolados confines de China!... Además, desde mi llegada a Pekín no había vuelto a ver la odiosa figura de Ti Chin-Fu y de su cometa. La conciencia habitaba en mi interior como una paloma dormida. Realmente, el esfuerzo descomunal de haberme arrancado de las dulzuras del bulevar y de Loreto, de haber surcado los mares hasta el Celeste Imperio parecería a la Eterna Equidad una expiación suficiente y una peregrinación reparadora. Seguramente, Ti Chin-Fu, aplacado, se había refugiado con su cometa en la Sempiterna Inmovilidad... ¿Para qué iba a ir a Tien-Ho? ¿Por qué no iba a quedarme allí, en aquella amable ciudad de Pekín, comiendo nenúfares en almíbar, entregándome al sueño amoroso del Reposo Discreto, dando, en las tardes azuladas, mi paseo del brazo del buen Meriskov, por las terrazas de jaspe de la Purificación o bajo los cedros del Templo del Cielo?

¡Pero ya el diligente Camillov, lápiz en mano, iba marcando en un mapa mi ruta hacia Tien-Ho! Y mostrándome, en un confuso laberinto, sombras de montes, tortuosos cauces de ríos, difusas lagunas:

-¡Aquí está! Mi huésped debe remontarse hasta Ni Ku-He, a orillas del Pei-Ho... Desde allí, en barcazas, va a My-Yun. Buena ciudad, hay allí un buda vivo... Desde allí, a caballo, sigue hasta la fortaleza de Che-Hia. ¡Verá la Gran Muralla, famoso espectáculo!... Descansa en el fuerte de Ku Pi-Ho, donde puede cazar gacelas. Soberbias gacelas... Y tras dos días de camino llega Tien-Ho... Magnífico, ¿no?... ¿Cuándo va a salir? ¿Mañana?...

-Mañana -murmuré, triste.

¡Pobre generala! Aquella noche, mientras Meriskov, en el fondo del salón, jugaba con tres oficiales de la embajada su sagrado whist, y Camillov, en un extremo del sofá, cruzado de brazos, solemne como en un escaño del Congreso de Viena, dormía con la boca abierta, ella se sentó al piano. Yo, a su lado, con la actitud de Larra, arrollado por la fatalidad, me retorcía lúgubremente el bigote. Y la dulce criatura, entre dos gemidos del teclado, cantó, volviendo hacia mí sus ojos brillantes y húmedos:

*L'oiseau s'envole, lá has, lá has!...*
*L'oiseau s'envole...*
*Ne revient pas...*

-El ave volverá al nido -murmuré enternecido.

Y apartándome para ocultar una lágrima, protesté, furioso:

-¡Canalla de Ti Chin-Fu! ¡Por tu culpa! ¡Viejo granuja! ¡Viejo bribón!

***

Al otro día salí hacia Tien-Ho con el respetuoso intérprete Sa-To, una larga fila de carretas, dos cosacos y todo un ejercito de coolies.

Tras pasar la muralla de la ciudad tártara, seguimos mucho tiempo a lo largo de los grandes jardines sagrados que adornan el Templo de Confucio.

Acababa el otoño; las hojas ya amarilleaban; una dulzura conmovedora flotaba en el aire... De los quioscos sagrados salía un susurro de cánticos monótonos y tristes. Por las terrazas, enormes serpientes, veneradas como diosas, reptaban entumecidas por el frío. Y aquí y allá, al pasar, divisábamos budistas decrépitos; secos como pergaminos y nudosos como raíces, sentados en el suelo bajo los sicómoros, inmóviles como ídolos, mirándose incesantemente su ombligo, en espera de la perfección del nirvana...

Y yo iba pensando, con una tristeza lánguida, como la de aquel mismo cielo de octubre asiático, ¡en las dos lágrimas redonditas que vi brillar, al despedirnos, en los ojos verdes de la generala!...

# VI

Se acababa ya la tarde y el sol caía como un escudo de metal ardiente cuando llegamos a TienHo.

Por el lado sur, junto a un torrente que bramaba entre rocas, se alzaban las murallas oscuras de la ciudad. Hacia el este, la llanura árida y polvorienta se extendía hasta un grupo de colinas donde clareaba una gran construcción, una misión católica. Y más allá, hacia el extremo norte, estaban las eternas montañas violetas de Mongolia, suspendidas siempre en el aire como nubes.

Nos alojamos en un barracón apestoso, llamado Posada de la Consolación Terrestre. Me reservaron la habitación principal, que se abría sobre una galería sujeta por estacas, adornada de forma extraña con dragones de papel recortado, colgados con cordones del maderamen del techo; a la menor brisa, aquella legión de monstruos fabulosos oscilaba rítmicamente, con un rumor seco de hojarasca, como animada de una vida sobrenatural y grotesca.

Antes de que oscureciese fui con Sa-To a visitar la ciudad, pero renuncié muy pronto, repugnado por el hedor abominable de las callejuelas. Todo me pareció negro: las casuchas, el suelo embarrado, los arroyos, los perros hambrientos, el vulgo despreciable... Me retiré a la posada, donde unos arrieros mongoles y unos muchachos piojosos me miraban asombrados.

-Toda esta gente me parece sospechosa, Sa-To -dije yo, frunciendo el ceño.

-Tiene razón Su Excelencia. ¡Son gentuza! Pero no hay peligro: antes de salir sacrifiqué un gallo negro y la diosa Kaomine debe de estar satisfecha; Su Excelencia puede dormir sin recelo de los malos espíritus... ¿Su Excelencia va a tomar el té?

-Tráelo, Sa-To.

Bebí el té y conversamos acerca del gran proyecto: a la mañana siguiente yo llevaría la alegría a la triste choza de la viuda de Ti Chin-Fu, anunciándole los millones que le daría, depositados ya en Pekín; después, de acuerdo con el mandarín gobernador, llevaríamos a cabo un copioso reparto de arroz entre el pueblo y, por la noche, fuegos



Librodot

artificiales, bailes, como en un festejo popular...

-¿Qué te parece, Sa-To?

-Por los labios de Su Excelencia habla la sabiduría de Confucio... ¡Será algo grande! ¡Grandioso!

Como estaba cansado, muy pronto empecé a bostezar y me tendí sobre la plataforma de ladrillo recalentado que sirve de cama en las posadas chinas; envuelto en mi capa de pieles, hice la señal de la Cruz y me dormí pensando en los blancos brazos de la generala, en sus verdes ojos de sirena...

Sería ya medianoche cuando me despertó un largo y sordo rumor que envolvía el barracón, como un viento fuerte en la arboleda, o una violenta marejada chocando contra un muro. Por la galería abierta entraba en el cuarto la luz triste de la luna del otoño asiático, que daba a los dragones colgados del techo formas quiméricas...

Me levanté nervioso, cuando una sombra grande e inquieta quebrantó la luz de la luna.

-¡Soy yo, Su Excelencia! -murmuró la voz asustada de Sa-To.

Y luego, agachándose junto a mí, me contó en una retahíla de palabras roncas su aflicción. Mientras yo dormía, se había extendido por la ciudad la noticia de que un extranjero, un diablo extranjero, había llegado con un equipaje cargado de tesoros. Ya desde el comienzo de la noche había visto caras afiladas, de ojos voraces, rondando el barracón, como lobos impacientes. Y ordenó en seguida a los coolies que bloquearan la puerta con los carros del equipaje, formando un semicírculo a la vieja usanza tártara... Pero poco a poco el gentío creció... Ahora venía él de espiar por un postigo, y allí estaba, rodeando la posada, toda la población de Tien-Ho gruñendo siniestramente. ¡La diosa Kaomine no estaba satisfecha con la sangre del gallo negro! ¡Además, dijo que en la puerta de una pagoda había visto retroceder una cabra!... ¡La noche sería de horrores!... ¡Y su pobre mujer, la mujer de su vida, estaba tan lejos, en Pekín!...

-¿Y ahora qué, Sa-To? -le pregunté.

-Ahora..., Su Excelencia, ahora...

No dijo más, y su delgada figura temblaba, encogida como un perro que huye del castigo.

Aparté a aquel cobarde y salí a la galería. Abajo, el muro del edificio de enfrente, cubierto por un porche, proyectaba-una sombra densa. Allí estaba, en efecto, una forma, avanzando a rastras en el espacio iluminado, acechaba, husmeaba las carretas, y, notando la luz sobre la cara, retrocedía vivamente, para esconderse en la oscuridad. Y como el tejado del porche era bajo, por un momento brillaba a la luz el hierro de alguna lanza amenazante...

-¿Qué queréis, canallas? -grité en portugués.

Ante aquella voz extranjera de las tinieblas salió un gruñido, inmediatamente una piedra vino a romper junto a mi cabeza el papel encerado de la celosía; después, una flecha silbó y se clavó por encima, en un madero...

Bajé rápidamente a la cocina de la posada. Mis coolies, en cuclillas, castañeteaban los dientes, aterrados, y los dos cosacos que me acompañaban, impasibles, fumaban sus pipas junto al fuego con el sable desenfundado sobre las rodillas. El viejo posadero de lentes, un abuelo andrajoso que había visto yo en el patio remontando una cometa de papel, los arrieros mongoles, los chiquillos piojosos, todos habían desaparecido; sólo quedaba un viejo, enajenado por el opio, caído en un rincón como un fardo. Afuera

resonaban los gritos de la multitud.

Consulté a Sa-To, que estaba casi desmayado junto a una viga de madera. ¡No teníamos armas; los dos cosacos solos no podían rechazar el ataque; era necesario ir a despertar al mandarín gobernador, explicarle que era yo amigo de Camillov y un invitado del Príncipe Tong, exigirle que viniese a dispersar a la multitud, y que se respetara la sagrada ley de la hospitalidad!...

Pero Sa-To, con voz trémula, confesó que seguramente el gobernador era quien dirigía el asalto. ¡Desde las autoridades hasta los mendigos la fama de mi riqueza, la leyenda de las carretas cargadas de oro había despertado todos los apetitos!... El santo mandamiento de la prudencia ordenaba que entregásemos parte de los tesoros, mulos, cajas de comestibles...

-¿Y quedarnos aquí, en esta aldea maldita, sin ropas, dinero ni provisiones?...

-Pero con nuestra preciada vida a salvo, Su Excelencia.

Asentí. Y ordené a Sa-To que fuese a proponer al populacho un generoso reparto de dinero, si todos accedían a retirarse a sus chozas y nos respetaban como huéspedes enviados por Buda... Sa-To subió a la galería temblando, y empezó en seguida su arenga a los amotinados, gesticulando, lanzando las palabras con la violencia de ladridos de perro. Yo había abierto ya una maleta y le iba entregando sacos de monedas, que él lanzaba a puñados como un sembrador... Abajo aumentaba por momentos un tumulto furioso bajo la lluvia de metal; después, un lento suspiro de codicia satisfecha, y luego, un silencio, la ansiedad de quien espera

más...

-¡Más! -murmuraba Sa-To, volviéndose hacia mí con ansiedad.

Yo, encolerizado, le daba otros cartuchos, más sacos, montones de monedas de medio real ensartadas en cordeles... La maleta ya estaba vacía. La multitud rugía, insaciable.

-¡Más, Su Excelencia! -suplicó Sa-To.

-¡No tengo más, hombre! ¡El resto está en Pekín!

-¡Oh Buda venerable, estamos perdidos! ¡Perdidos! -exclamó Sa-To, mientras se hincaba de rodillas.

El populacho, callado, seguía esperando. De repente, un aullido salvaje rasgó el aire. Vi que aquella masa ávida se arrojaba contra las carretas que dispuestas en semicírculo defendían la puerta; con el choque, todo el maderamen de la Posada de la Consolación Terrestre crujió y se tambaleó... Corrí a la galería. Abajo todo era un atropello alrededor de los carros volcados; las hachas relucían al romper las tapas de los arcones, el cuero de las maletas se habría abierto a cuchillo por innumerables manos; en el porche, los cosacos bramaban luchando entre los machetes. A pesar de la luna, alrededor del barracón veía danzar las antorchas, soltando chispas; los roncos gruñidos aumentaban, haciendo aullar a lo lejos a los perros, y de todas las callejas desembocaban y corrían los canallas, sombras ligeras, un agitado bosque de picas y hoces curvas.

De repente oí en la planta baja el tumulto de la turba que entraba por las puertas destrozadas. Sin duda me buscaban, suponiendo que yo tendría conmigo lo mejor del tesoro, piedras preciosas y oro... El terror me trastornó. Corrí hacia un cerco de bambúes que daba al patio. Lo derribé, salté sobre unas espesas matas, entre un olor acre a inmundicias. Mi poney, atado a un poste, relinchaba, tirando furiosamente del arnés. Salté sobre él, lo agarré por las crines...

En aquel instante, por la destrozada puerta de la cocina apareció una horda con antorchas y lanzas, clamando con delirio. El poney, espantado, saltó un arroyo; una flecha silbó a mi lado; después, ¡un ladrillo me dio en un hombro, otro en los riñones, otro en las ancas del poney, otro mayor me hirió la oreja! Agarrado desesperadamente a las crines, sin aliento, con la lengua fuera, manando la sangre por la oreja, me lancé en una huida furiosa a lo largo de una calle oscura... ¡De pronto se alzó ante mí la muralla, un baluarte, la puerta de la ciudad estaba cerrada!

Entonces, enloquecido, oyendo detrás el rugido de la turba, abandonado de todo socorro humano, ¡necesité a Dios! Creí en Él, le grité que me salvase y mi espíritu recordó atropelladamente fragmentos de oraciones, de Salves, conservados aún en el fondo de la memoria... Me volví sobre la grupa del potro; a lo lejos, de una esquina, surgió un incendio de antorchas: ¡Era la chusma!... Me lancé a lo largo de la alta muralla que corría a mi lado como una amplia cinta negra furiosamente desenrollada. De pronto, advertí una brecha, un agujero erizado de zarzas. ¡Afuera estaba la llanura, que, bajo la luna, parecía una inmensidad de agua dormida! Me lancé por ella desesperadamente, zarandeado por las sacudidas del potro... Y galopé mucho tiempo campo a través.

De repente el poney y yo rodamos en una caída sorda. Estábamos en una laguna. Mi boca se llenó de agua podrida y los pies se me engancharon en las raíces blandas de los nenúfares. Cuando me levanté y me puse a salvo, vi al poney corriendo, muy lejos, como una sombra, con los estribos al viento...

Entonces empecé a caminar por aquella soledad, hundiéndome en las tierras fangosas, atajando entre la maleza espinosa. La sangre de la oreja me goteaba sobre el hombro; el frío de la campiña y las ropas empapadas me helaban las carnes, y a veces, en la sombra, creía ver brillar ojos de fieras.

Encontré al fin un reducto de piedras sueltas, en donde, bajo un arbusto negro, había uno de aquellos montones de ataúdes amarillos que los chinos abandonan en los campos en los que se pudren los cuerpos. Me desplomé sobre una caja sin fuerzas; pero un hedor abominable corrompía el aire, y al apoyarme sentí la viscosidad de un líquido que fluía por las agrietadas tablas... Quise huir. Pero las rodillas no querían sostenerme, me temblaban, y árboles, rocas, altas hierbas, todo el horizonte empezó a girar a mi alrededor como un disco veloz. En mis ojos brillaban chispas sangrientas y sentí como si cayese desde muy alto, despacio, como si fuera una pluma que desciende...

Cuando recobré el conocimiento estaba tendido sobre un banco de piedra, en el patio de un amplio edificio, que parecía un convento, rodeado de un profundo silencio. Dos padres lazaristas me lavaban la oreja con cuidado. Corría un aire fresco; la polea de un pozo rechinaba lentamente; una campana tocaba a maitines. Alcé los ojos, vi una fachada blanca con pequeñas ventanas enrejadas y, en la parte superior, una cruz. Entonces, viendo en aquella paz del claustro católico un rincón de la patria recuperada, el amparo y el consuelo, rodaron desde mis párpados dos lágrimas silenciosas.

# VII

De madrugada dos padres lazaristas, que se dirigían a Tien-Ho, me habían encontrado desmayado en el camino. Y, como dijo el alegre padre Loriot, «justo a tiempo., porque alrededor de mi cuerpo inmóvil un negro círculo de esos gordos y



Librodot

lúgubres cuervos tártaros me miraban ya con gula... Me llevaron sin demora al convento en unas parihuelas, y la comunidad se regocijó de veras cuando supieron que yo era latino, un cristiano, un súbdito de los piadosísimos reyes. El convento forma allí el centro de un pequeño burgo católico, apiñado en torno a la maciza resistencia como un caserío de siervos en la base de un castillo feudal. Existe desde la época en que los primeros misioneros recorrieron Manchuria. Porque estábamos en los confines de China. Más allá está Mongolia, la Tierra de las Altas Hierbas, una inmensa llanura verde oscuro, tierras inundables sin fin, pintadas aquí y allá por la vivacidad de las flores silvestres...

Allí se extendía la vasta llanura de los nómadas. Desde mi ventana veía los círculos negros de tiendas cubiertas de fieltro o de pieles de carnero y, a veces, presenciaba la partida de una tribu, que en largas filas de caravanas, llevaba sus rebaños hacia el Oeste...

El superior lazarista era el excelente padre Giulio. La larga estancia entre las razas amarillas lo había convertido casi en chino; cuando me lo encontraba en el claustro con su túnica roja, su coleta larga, su barba venerable, agitando despacio un enorme abanico, me parecía algún sabio mandarín, comentando mentalmente, en la paz de un templo, el Libro Sagrado de Chu. Era un santo, pero el olor a ajo que despedía hubiese apartado a las almas más doloridas y necesitadas de consuelo.

¡Conservo un agradable recuerdo de los días pasados allí! Mi cuarto, encalado, con una cruz negra, tenía el recogimiento de una celda. Me despertaba siempre al toque de maitines. Para complacer a los viejos misioneros, yo iba a oír misa a la capilla, y allí, tan lejos de la patria católica, en aquellas tierras mongolas, me conmovía la visión, a la clara luz de la mañana, de la casulla del padre con su cruz bordada, inclinándose ante el altar y oír susurrar en el fresco silencio los Dominus vobiscum y los Cum spiritu tuo...

Por la tarde iba a la escuela a ver a los niños chinos declinando el hora, horae... Y después del refectorio, paseando por el claustro, escuchaba historias de misiones lejanas, de viajes apostólicos a la Tierra de las Altas Hierbas, de las prisiones sufridas, las marchas, los peligros, las crónicas heroicas de la fe...

Por mi parte, yo no hablé en el convento de mis fantásticas aventuras. Les dije que era un turista curioso que iba tomando notas por el ancho mundo. Y esperando que mi oreja cicatrizase, me entregaba, en medio de una laxitud de alma, a aquella paz de monasterio... ¡Pero estaba decidido a abandonar muy de prisa China, aquel imperio bárbaro, al que odiaba ahora prodigiosamente!

Cuando pensaba que había viajado desde los confines de Occidente para traer a una provincia china la abundancia de mis millones y que nada más llegar allí había sido saqueado, apedreado, perseguido a flechazos, me invadía un sordo rencor, pasaba horas paseándome por el cuarto, ¡pensando las cosas feroces que intentaría para vengarme del Celeste Imperio!

¡Marcharme con mis millones era la venganza más práctica, más fácil! Además, mi idea de resucitar artificialmente, para bien de China, la personalidad de Ti Chin-Fu, me parecía ahora ridícula, absurda como un sueño. Yo no entendía la lengua, ni las costumbres, ni los ritos, ni las leyes, ni las doctrinas de los sabios de aquella raza. ¿Qué hacía allí sino exponerme, por mi riqueza, a los asaltos de un pueblo que desde hace cuarenta y cuatro siglos, piratea en los mares y asola la tierra por la rapiña?

Además, Ti Chin-Fu y su cometa seguían invisibles, habían ascendido, seguramente, al Cielo de los Antepasados chinos. Mi remordimiento estaba tan suavizado, que disminuía en mí de una manera notable el deseo de expiación. Sin duda el viejo letrado

estaba harto de abandonar aquellas inefables regiones para venir a echarse encima de mis muebles. Viendo mis esfuerzos, mi afán de ser útil a su prole, a su provincia y a su raza, satisfecho, ya tenía que haberse acomodado regaladamente para sestear eternamente. ¡No volvería a ver nunca más su panza amarilla!...

Y entonces me quemaba el deseo de encontrarme ya tranquilo y libre gozando en paz de mi fortuna, en Loreto o en el bulevar parisiense, libando las mieles de la Civilización...

Pero, ¿y la viuda de Ti Chin-Fu, las señoras dulcísimas de su estirpe y los nietos pequeños?... ¿Iba a abandonarlos como un bárbaro, con hambre y frío, en las negras calles de Tien-Ho? No. Ellos no eran culpables de las piedras que me tiró el populacho. Y yo, cristiano, cobijado en un convento cristiano, con el Evangelio a la cabecera de la cama, rodeado de personas que eran personificaciones de la Caridad, no podía abandonar el Imperio sin devolver lo arrebatado a aquéllos a quienes había arruinado, para hacer realidad ese honrado consuelo que recomienda el Clásico de la Piedad Filial...

Entonces escribí a Camillov. Le relaté mi patética fuga, apedreado por la turba china; el cobijo cristiano que me había dado la Misión; mi vivo de

seo de abandonar el Celeste Imperio. Y le pedí que él enviase a la viuda de Ti Chin-Fu los millones depositados por mí en casa del comerciante Tsing-Fo,

en la avenida de Cha-Cua, junto al arco triunfal de Tong, al lado del templo de la diosa Kaomine. El alegre padre Loriot, que iba a Pekín en misión, llevó mi carta, lacrada con el sello del convento, una cruz saliendo de un corazón en llamas...

Pasaron los días. Las primeras nieves blanquearon las montañas septentrionales de Manchuria y yo me dedicaba a cazar gacelas por la Tierra de las Altas Hierbas... ¡Horas enérgicas y tan llenas de vida las de aquellas mañanas, cuando escapaba a toda prisa, en el aire agreste del llano, entre los ojeadores mongoles, que con aullidos vibrantes batían a lanzazos la maleza! A veces saltaba una gacela, fina y estilizada, y con las orejas bajas partía al filo del viento... Soltábamos al halcón que la alcanzaba con su vuelo sereno y le daba veloz, golpes regularmente espaciados en la cabeza, con todo el poder de su pico corvo. E íbamos a abatirla, por fin, a la orilla de alguna charca, cubierta de nenúfares... Entonces los perros negros tártaros se amontonaban sobre el vientre de la gacela y con las patas en la sangre, a dentelladas, le iban desgarrando lentamente las entrañas...

Una mañana el lego portero vio llegar, por fin, al alegre padre Loriot, trepando a toda prisa por el escarpado camino del burgo; regresaba de Pekín, con su macuto al hombro y una criatura en los brazos. La había encontrado abandonada, desnuda, moribunda, al borde de un camino; la bautizó en seguida en un regato con el nombre de Bienvenido. Y allí traía al niño, todo enternecido, jadeando de tanto apretar el paso para dar pronto a la famélica criaturita la nutritiva leche de la cabra del convento... Después de saludar a los religiosos, de enjugarse las gruesas gotas de sudor, sacó del bolsillo del pantalón un enveloppe con el sello del águila rusa.

-Se lo envía papá Camillov, amigo Teodoro. Está muy bien. Y la señora, también... Todo está perfectamente.

Fui a un rincón del claustro para leer las dos hojas de prosa. ¡Mi buen amigo Camillov, de severa calva y ojos de búho! ¡Con qué originalidad se unían en él la perspicacia de un experto de Cancillería y las picarescas observaciones de un diplomático divertido! La carta decía así:



Librodot

*Amigo huésped y queridísimo Teodoro: ¡Las primeras líneas de su carta nos consternaron! Pero luego las siguientes nos causaron alivio, al contarnos que estaba con esos santos padres de la misión cristiana... Ya he acudido al yamen imperial para presentar una severa reclamación ante el Príncipe Tong sobre el escándalo de Tien-Ho. ¡Su Excelencia mostró una asombrosa alegría! Porque si, como particular, lamenta la ofensa, el robo, las pedradas que padeció mi huésped, como Ministro del Imperio ve en ello una excelente oportunidad de arrancar a la villa de TienHo, como multa por la injuria inferida a un extranjero, la ventajosa suma de trescientos mil francos o, según los cálculos de nuestro inteligente Meriskov, ¡cincuenta y cuatro millones de reís, en la moneda de su precioso país! Es, como dice Meriskov, una excelente solución para el Erario imperial, y queda así su oreja vengada sobradamente... Aquí empiezan a sentirse los primeros fríos, y ya usamos pieles. El amigo Meriskov anda padeciendo del hígado, pero el dolor no altera su criterio filosófico ni su elocuencia de sabio... Hemos tenido un gran disgusto: el lindo perrito de la buena Madame Tagariev, esposa de nuestro querido secretario, el adorable Tu-Tu, desapareció la mañana del quince... Urgí a la policía insistentemente, pero Tu-Tu no nos fue devuelto, y nuestra pena es tanto mayor porque es sabido que el pueblo de Pekín aprecia extraordinariamente la carne de esos perros guisada en almíbar... Ha ocurrido un hecho terrible y de consecuencias funestas; la ministra de Francia, esa petulante Madame Grijon, ese "palo seco" (como dice nuestro Meriskov), en la última comida de la Legación, con desprecio de todas las normas internacionales, brindó su descamado brazo y su derecha en la mesa ¡a un simple agregado inglés, lord Gordon! ¿Qué le parece? ¿Es creíble? ¿Es razonable? ¡Es destruir el orden social! ¡Darle el brazo, y la derecha, a un agregado, a un escocés color ladrillo con un monóculo encajado en el ojo, cuando estaban presentes todos los embajadores, los ministros y yo! Esto ha causado una sensación pésima en el Cuerpo Diplomático... Esperamos instrucciones de nuestros Gobiernos. Como dice Meriskov, meneando tristemente la cabeza: ¡Es grave, muy grave! Lo que demuestra (cosa que nadie duda) que lord Gordon es el favorito de "palo seco". ¡Qué putrefacción, qué fango!... La generala no ha estado bien desde su partida hacia la malhadada Tien-Ho; el doctor Paglov desconoce su enfermedad; es una languidez, una nostalgia, una nostálgica indolencia que la mantiene horas y horas inmóvil en el sofá del pabellón del Reposo Discreto, con la mirada perdida y los labios llenos de suspiros... Yo no me engaño; sé muy bien lo que la debilita; es esa desdichada enfermedad de vejiga provocada por las aguas insalubres de la Legación de Madrid... ¡Sea lo que Dios quiera!... Ella me pide que le envíe a usted "un petit bonjour", y solicita que mi huésped, apenas llegue a París, si va a París, le envíe por la valija diplomática de la Embajada, a San Petersburgo (desde allí los enviarían a Pekín), dos docenas de guantes de doce botones, del número cinco y tres cuartos, de la marca "Sol", de los almacenes del Louvre; también le encarga las últimas novelas de Zola, Mademoiselle de Maupin de Gautier, y una caja de frascos de opopona. Casi olvidaba decirle que hemos cambiado de panadero; ahora nos surtimos de la panadería de la Embajada inglesa; hemos dejado la de la Embajada francesa para no tener relación con el "palo seco"... Éstos son los inconvenientes de no tener aquí, en la Embajada rusa, una panadería, ¡algo increíble, dados los muchos informes y reclamaciones que llevo hechos sobre ese tema ante la Cancillería de San Petersburgo! Ellos saben muy bien que en Pekín no hay panaderías, que cada Legación tiene su propia panadería como medio de afincamiento e influencia. ¡Y qué! ¡En la corte*

*imperial olvidan los más serios intereses de la civilización rusa!... Creo que esto es todo cuanto hay de nuevo en Pekín y en las Legaciones. Meriskov le envía sus respetos, con todos los de esta Embajada, y también el condesito Arthur, el Zizí de la Legación espa-*

*ñola, así como "Labio caído" y "Lulú"; en fin, todos; yo más que ninguno, que me despido de usted con nostalgia y afecto.*

*GENERAL CAMILLOV*

*-POSDATA. En cuanto a la viuda y a la familia de Ti ChinFu ha habido un error. El astrólogo del Templo de Faqua se equivocó en la interpretación de los astros; esa familia no reside realmente en Tien-Ho. Están en el sur de China, en la provincia de Cantón. Pero hay también otra familia Ti Chin-Fu más allá de la Gran Muralla, casi en la frontera rusa, en el distrito de Kao-Li. A ambas se les murió el jefe, ambas cayeron en la miseria... Por tanto, en espera de nuevas órdenes, no retiré el dinero de la casa de TsingFo. Esta reciente información me la ha mandado hoy el Príncipe Tong, con una deliciosa compota de frutas... Debo informarle de que nuestro buen Sa-To apareció aquí, de vuelta de Tien-Ho, con un labio roto y leves contusiones en un hombro; sólo pudo salvar de los equipajes saqueados una estampa de Nossa Senhora das Dores, que, por una dedicatoria en tinta, veo que perteneció a su respetable madre... Mis valientes cosacos quedaron allí en un mar de sangre. Su Excelencia el Príncipe Tong se aviene a pagármelos a diez mil francos cada uno, de las sumas provenientes de la multa impuesta a la villa de Tien-Ho... SaTo dice que si mi huésped, como es natural, piensa reanudar sus viajes a través del Imperio en busca de los Ti Chin-Fu, para él sería un honor y un motivo de alegría poder acompañarlo con una fidelidad canina y una docilidad cosaca...*

*CAMILLOV*

-¡No! ¡Nunca! -rugí furioso mientras estrujaba la carta. Monologué a largos pasos por el melancólico claustro-. ¡No, por Dios o por el Diablo! ¿Salir de nuevo a patear los caminos de China? ¡Jamás! ¡Oh destino grotesco y desastroso! Dejo mis placeres de Loreto, mi nido de amor en París, vengo mareado desde Marsella a Shanghai, soporto las pulgas de las barcazas chinas, el hedor de las callejas, la polvareda de los caminos áridos, ¿y para qué? Había forzado un plan que se erguía hasta los cielos, grandioso y brillante como un trofeo; sobre él destacaban de arriba abajo toda clase de buenas acciones. ¡Y lo veo derrumbarse, a pedazos, en ruinas! ¡Quería dar mi nombre y mis millones, la mitad de mi lecho de oro, a una dama de la familia Ti Chin-Fu, y no me lo permiten los prejuicios sociales de una raza bárbara! Con el Botón de Cristal de mandarín pretendo enderezar los destinos de China, aportar prosperidad al pueblo, ¡y me lo prohibe la ley imperial! Aspiro a repartir una limosna espléndida sobre este populacho hambriento, ¡y corro el peligro ingrato de que me decapiten como instigador de rebeliones! ¡Vengo a enriquecer una ciudad y la multitud me apedrea! Iba a dar al fin abundancia, la buena vida que alaba Confucio, a la familia Ti Chin-Fu, y esa familia se evapora como el humo, y surgen otras familias Ti Chin-Fu aquí y allá, confusamente, al Sur, al Oeste, como espejismos en el desierto... ¿Y yo voy a ir a Cantón, a Kao-Li, a exponer mi otra oreja a

brutales ladrillazos, a huir otra vez por los descampados, sujeto a las crines de un potro? ¡Jamás!

Me paré, y con los brazos en alto, hablando a las arcadas del claustro, a los árboles, al aire silencioso y dulce que me envolvía:

-¡Ti Chin-Fu! -grité-. ¡Ti Chin-Fu! ¡Para aplacarte hice lo que era racional, generoso y lógico! ¿Estás al fin satisfecho, letrado venerable, tú, tu gentil cometa y tu panza oficial? ¡Respóndeme! ¡Respóndeme!

Escuché, observé: la polea del pozo, a aquella hora del mediodía, rechinaba despacio en el patio; bajo las moreras, a lo largo de los arcos del claustro, se secaban sobre papel de seda las hojas de té de la cosecha de octubre; reinaba una paz severa, hecha de la sencillez de las ocupaciones, de la honestidad de los estudios, del aire místico de aquella colina, en donde dormía, bajo un sol blanco de invierno, el caserío religioso... ¡Y con aquella serenidad ambiental me pareció que mi alma, de repente, se llenaba de una paz absoluta!

Encendí, con los dedos todavía trémulos, un puro, me sequé una gota de sudor en la frente y proferí estas palabras, resumen de un destino:

-Bien, Ti Chin-Fu está satisfecho.

Fui después a la celda del excelente padre Giulio, que leía su Breviario junto a la ventana, picoteando semillas azucaradas, con el gato del convento sobre los hombros.

-Reverendísimo, me vuelvo a Europa... ¿Alguno de nuestros buenos padres saldrá por casualidad en misión hacia Shanghai?...

El venerable prior se puso sus anteojos redondos, y ojeó con unción un amplio registro en caracteres chinos, leyendo en un murmullo.

-Quinto día de la décima luna... Sí; el padre Anacleto irá a Tien-Tsin para la novena de los Hermanos del Santo Pesebre. Duodécima luna, el

padre Sánchez también a Tien-Tsin, para la Obra del Catecismo a los Huérfanos... Sí, querido huésped; tiene usted acompañantes para el Oriente...

-¿Mañana?

-Mañana. Es doloroso separarse en estos confines del mundo, cuando las almas se comprenden bien en Jesús... Que nuestro padre Gutiérrez le prepare un buen hato de provisiones... Nosotros ya lo considerábamos como un hermano, Teodoro... Tome un dulce; son deliciosos... Las cosas están en equilibrio feliz cuando se hallan en su lugar y elemento natural. El lugar del corazón del hombre está en el corazón de Dios, y el suyo está seguro en este asilo... Coma otro dulce... ¿Qué es eso, hijo mío, qué es eso?

Yo estaba colocando en su Breviario abierto, en una página del Evangelio de la Pobreza, un fajo de billetes del Banco de Inglaterra, y balbucí:

-Reverendísimo, para sus pobres...

-Excelente, excelente... Que nuestro buen Gutiérrez le haga un hato copioso... Amén, hijo mío...

In Deo omnia spes...

***

Al otro día, escoltado por el padre Anacleto y el padre Sánchez, montado en la mula blanca del convento, bajé del caserío, al tañido de las campanas. Y así fuimos hacia Hiang-Hian, ciudad sombría y amurallada, donde atracan los barcos que navegan río



Librodot

abajo a Tien-Tsin. A lo largo del Pei-Ho todas las tierras estaban blancas por la nieve; en las ensenadas bajas el agua empezaba a helarse. Y envueltos en pieles de carnero, alrededor del hornillo portátil, en la popa del barco, los buenos padres y yo íbamos conversando de tareas misioneras, de cosas de China, a veces de los asuntos celestiales, pasando, sin cesar, la gruesa botella de ginebra...

En Tien-Tsin me separé de aquellos santos compañeros. Y dos semanas después, bajo el sol tibio de mediodía, me paseaba, fumando un puro y contemplando el jaleo de los muelles de Hong-Kong, en la cubierta del "Java", que iba a levar anclas hacia Europa.

***

Fue un momento conmovedor para mí aquel en que, a las primeras vueltas de la hélice, la tierra china comenzó a alejarse.

Desde mi despertar, una inquietud sorda empezó a pesarme de nuevo en el alma. Ahora pensé que había venido a aquel vasto imperio para acallar con la expiación una protesta tímida de la conciencia y, al fin, por impulso de una impaciencia nerviosa, me iba, sin haber hecho más que deshonrar los bigotes blancos de un heroico general y tras recibir una pedrada en la oreja, en una ciudad de los confines de Mongolia. ¡Extraño destino el mío!...

Hasta el anochecer permanecí sombríamente apoyado en la borda del barco, viendo el mar liso como una gran pieza de seda azul, que se plegaba a los costados en dos ondas blandas; poco a poco grandes estrellas titilaron en la bóveda oscura, mientras, en la sombra, la hélice seguía trabajando a su ritmo. Entonces, invadido por el cansancio, fui sin rumbo por el barco, viendo aquí y allá la brújula iluminada; los montones de cabrestantes; las piezas de la máquina, moviéndose cadenciosamente en un ardiente resplandor, las chispas que salían por la chimenea, entre una espesa humareda negra; los marineros de barba rubia, inmóviles ante la rueda del timón, y las figuras de los pilotos, sobre el puente, altas y difusas en la noche. En la cabina del capitán, un inglés con salacot, rodeado de señoras que bebían coñac, iba tocando melancólicamente con la flauta el aria de Bonnie Dundee...

Eran las once cuando bajé a mi camarote. Las luces ya se habían apagado; pero la luna, redonda y blanca, parecía nacer del agua, iluminaba el cristal de la cabina con un rayo de luz, y entonces, a aquel resplandor pálido, ¡vi tendida sobre la litera la forma panzona, vestida de seda amarilla, con su cometa entre los brazos! ¡Era él otra vez! ¡Y siempre fue él! Fue él en Singapur y en Ceilán. Apareció, alzándose sobre los arenales del desierto al pa sar el canal de Suez; él, adelantándose en la proa de un barco de provisiones cuando hicimos escala en Malta; él, resbalando sobre las rosadas montañas de Sicilia; ¡él, emergiendo de las brumas que rodean el peñón de Gibraltar! Cuando desembarqué en Lisboa, en el Cais das Colunas, su figura panzuda ocupaba todo el arco de la calle Augusta; sus ojos rasgados me miraban y los ojos pintados en su cometa parecían mirarme también...

# VIII

Entonces, convencido de que jamás podría apaciguar a Ti Chin-Fu, pasé toda aquella noche en mi cuarto de Loreto, donde, como en otro tiempo, las muchas velas de los candelabros proyectaban en los damascos tonos de sangre fresca, pensando en renunciar, como a un adorno pecaminoso, en aquellos millones sobrenaturales. ¡Así me libraría tal vez de aquella panza y de aquella cometa abominable!

Abandoné el palacete de Loreto y mi vida de ricachón. Fui con una levita raída a alquilar de nuevo mi habitación a casa de la señora Marques, y volví a la oficina, con la espalda doblada, ¡a implorar mis veinte mil reis mensuales y mi dulce pluma de escribiente!...

Pero un sufrimiento aún mayor vino a amargar mis días. Al creerme arruinado, todos aquellos a quienes mi opulencia humilló me cubrían ahora de ofensas, como se cubre de inmundicia la estatua derribada de un príncipe depuesto. Los periódicos, irónicos en su triunfo, ridiculizaron mi miseria. La Aristocracia, que balbuciera adulaciones a los pies del nabab, ordenaba ahora a sus cocheros que atropellasen en las calles el cuerpo encogido del chupatintas de secretaría. El Clero, al que yo enriqueciera, me acusó de "hechicero"; el Pueblo me tiró piedras, y la señora Marques, cuando yo me quejaba, humilde, de la dureza granítica de los bistecs, se ponía en jarras y gritaba:

-¡Vaya con el enclenque! ¿Qué más quiere? ¡Aguántese! ¡Miren al pobretón engreído!...

Y a pesar de aquella expiación, ¡el viejo Ti ChinFu estaba siempre sobre mi camastro, gordo y de color ocre, porque sus millones, que yacían ahora estériles e intactos en los Bancos, todavía eran míos de hecho! ¡Desgraciadamente míos!

Entonces, indignado, un día, de repente, regresé con estrépito a mi palacete y a mi lujo. Aquella noche, el resplandor de mis balcones alumbró de nuevo la calle de Loreto, y por el gran portal abierto se vieron pulular, como en otro tiempo, con sus libreas de seda negra, las largas filas de lacayos decorativos.

En seguida, sin vacilar, Lisboa se arrastró a mis pies. La señora Marques, llorando, me llamó "hijo de mi corazón". Los diarios me dedicaron calificativos que, por antigua tradición, pertenecen a la Divinidad: ¡fui el "Omnipotente", fui el "Omnisciente"! La Aristocracia me besó la mano como a un tirano, y el Clero quemó incienso ante mí como frente a un ídolo. Y mi desprecio por la Humanidad fue tan grande que se extendió al Dios que la creó.

Desde entonces un hastío enervante me mantiene semanas enteras tumbado en un sofá, mudo y lúgubre, pensando en la felicidad del no ser...

Iba solo una noche, por una calle desierta, cuando vi frente a mí al personaje vestido de negro con el paraguas bajo el brazo, el mismo que en mi dichoso cuarto de la Travessa de Conceição, con un tilín-tilín de campanilla, me hiciera heredar tantos millones detestables. Corrí hacia él, me colgué de los faldones de su levita burguesa y grité:

-¡Líbrame de mis riquezas! ¡Resucita al Mandarín! ¡Devuélveme la paz de la miseria!

Él pasó con gravedad su paraguas debajo del otro brazo, y respondió bondadosamente:

-No puede ser, mi apreciado señor; no puede ser...

Me arrojé a sus pies en una súplica despreciable; pero sólo vi ante mí, bajo la luz mortecina del gas, la flaca figura de un perro rebuscando en la basura.

Nunca más volví a encontrarme con aquel individuo. Y ahora el mundo me parece un inmenso montón de ruinas, en el que mi alma solitaria vaga como un desterrado por entre columnas caídas, y gime sin cesar...

Las flores de mis habitaciones se marchitan y nadie las cambia; cualquier luz me parece un cirio fúnebre, y cuando mis amantes, en la blancura de sus saltos de cama, vienen a acostarse en mi cama, yo lloro, como si viese la legión amortajada de mis alegrías difuntas...

***

Me siento morir. Tengo hecho mi testamento. En él dejo mis millones al Demonio, le pertenecen; que los reclame él, que él los reparta...

Y a vosotros, hombres, os lego, sin más comentarios, estas palabras: «Sólo tiene buen sabor el pan que día tras día ganan nuestras manos. ¡No matéis nunca al Mandarín!».

Aunque, todavía, al expirar, es para mí un consuelo prodigioso esta idea: que de norte a sur, de oeste a oriente, desde la Gran Muralla de la Tartaria hasta las olas del Mar Amarillo, en todo el vasto Imperio de China ningún mandarín seguiría con vida si tú pudieses suprimirlo y heredar sus millones tan fácilmente como yo; ¡tú, lector!, criatura producida por la improvisación divina, obra mala de mala arcilla, mi semejante y mi hermano.

*Angers, junio de 1880.*